

INDICE

DEL TOMO XXIII

AUTORES Y ASUNTOS

- Alberti, Rafael.—Miedo y vigilia de Adolfo Bécquer, p. 312.
- Alfaro, Anastasio.—Algunos pasálidos de Costa Rica, p. 260.
- Alomar, Gabriel.—La santa ilusión, p. 9.—El alma nueva del estudiante, p. 9.—Carta, p. 12.—Entre el baldón y la gloria, p. 14.
- Alvarado Quirós, Alejandro.—Sigue vigilante nuestro Juan Santa-maría, p. 139.—Thomas Alva Edison, p. 251.—Carta alusiva, p. 337.
- Amador, Fernán Félix de.—Gandhi, el sembrador de esperanzas, p. 361.
- Amighetti, Frco.—Paleros, p. 140.—Provincia, p. 159.—Las danzas de Edouard du Buron, p. 307.—El escultor costarricense Juan Ml. Sánchez, p. 314.
- Arciniegas, Germán.—Todos son iguales, p. 79.—Cuatro palabras a los jóvenes norteamericanos, p. 180.
- Arias, Augusto.—Montalvo Centenario, p. 3.—Noticia de libros, p. 362.
- Arrieta, Raf. Alberto.—Un libro sobre Emilio Zola, p. 201.
- Arroyo, César E.—La pascua española, p. 67.—Santiago Rusiñol, p. 129.
- Azorín.—Magia en Tabarca, p. 41.—La imagen de Zola, p. 201.—Leamos a Montaigne, p. 233.—Contra la política del odio, p. 233.—Historia de un niño, p. 313.
- Ballagas, Emilio.—Poesías, p. 310.
- Barbagelata, Hugo D.—Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua, p. 368.
- Barrenechea, Julio.—Poesías, p. 204.
- Bello, Luis.—Días grandes, p. 72.
- Bernard Shaw y Rusia, p. 200.
- Betancourt, Rómulo.—La situación económico-fiscal de Venezuela, p. 101.
- Bibliografía titular, pp. 23, 48, 51, 78, 116, 176, 191, 203, 255, 282, 303, 311, 342 y 367.
- Blanco-Fombona, R.—La República española y Venezuela, p. 100.
- Bolívar y nuestros huéspedes de honor, p. 111.
- Bosch, Juan E.—La negación, p. 302.—El alzado, p. 302.
- Bougle, C.—Auguste Comte y las mujeres, p. 328.
- Brenes Mesén, Roberto.—Gabriela Mistral, p. 145.—Canales interoceánicos, p. 165.
- Brum, Blanca Luz.—Cartas-poemas, p. 241.—Carta alusiva, p. 248.—Otras cartas-poemas, p. 289.—170 Kmos. de montaña para la burguesía, p. 375.
- Buron, Ed. du.—Poesías, p. 340.
- Camino, Juan del.—Ese plan Hoover, Señores..., p. 6.—La prole siniestra de los succionadores públicos, p. 31.—La prole que domina a los pueblos es la de los títeres y figurillas, p. 38.—Costa Rica, campo de un juego trágico, p. 63.—La prole de los tiranos de Feres, p. 70.—¿Qué hay de nuevo...?, p. 95.—Quieren ahora hacer puerto libre a Limón..., p. 103.—Vivimos en un país de crédulos, p. 115.—La carretera interoceánica, p. 131.—El viaje conmovedor de Gandhi, p. 152.—El letargo de los ensimismados, p. 163.—En el homenaje a Faraday, p. 184.—Calhoun el marino: ¡Alto ahí!, p. 202.—No queremos trato de colonia, p. 214.—Un decreto más de la Unión Panamericana, p. 226.—Lo mejor de la inteligencia española ha emigrado a protocolar, p. 252.—Los profetas de la prosperidad, p. 258.—Una tragedia de Ernest Toller, p. 281.—Un costarricense que fue amigo de Omar Dengo..., p. 294.—Water from the Caribbean, p. 317.—Monopolio de la gasolina y vililancia, p. 333.—Si El Salvador capitula..., p. 341.—La idolatría del hombre público, p. 365.—Un credo al servicio de los mayores intereses nacionales, p. 373.
- Cardoza y Aragón, L.—Notas sobre Rafael Landívar, p. 369.
- Castillo, Abel Romeo.—Revelación de un pintor, p. 11.
- Carrera Andrade, Jorge.—La República en España, p. 19.—Filiación poética de Jaime Torres Bodet, p. 92.—Canales interoceánicos, p. 232.
- Castillo, Abel Romero.—Revelación de un pintor, p. 11.
- Ciges Aparicio, M.—Aljabas, no discursos, p. 64.
- Circular enviada a los Municipios del Ecuador, p. 3.
- Clerc, Charles.—El instinto de amar, p. 300.
- Colmo, Alfredo.—Canales interoceánicos, p. 28.
- Contreras, Francisco.—El Gobierno de Chile y los escritores, p. 301.—Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua, p. 368.
- Córdoba, Diego.—Homenaje continental a Enrique José Varona, p. 56.
- Cossío, Ml. B.—Escuelas rurales y urbanas, p. 68.
- Crisóstomus.—El alma de las palabras, pp. 208, 285, 352 y 366.
- Croce, Benedetto.—Desear y querer, p. 210.
- Cruz, Sor Juana Inés de la.—Algunas de sus más bellas poesías, pp. 209 y 212.
- Chocano, José Santos.—Carta, p. 352.
- Delgado Olivares, Carlos.—Giménez Caballero, p. 105.
- Díez-Canedo, Enrique.—Fernán Caballero, p. 24.
- Domingo, Marcelino.—El fruto de un buen sembrador, p. 208.
- Don Miguel de Unamuno, palabra de vida española, p. 190.
- El *Cimetiere marin* en español, o la infiel fidelidad, p. 322.
- Eliot, T. S.—Los hombres huecos, p. 23.
- Espina, Antonio.—El precursor y apóstol del Soviet, p. 104.
- Esquivel Obregón, T.—Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua, p. 87.
- Estrada, Rafael.—Carta a don Luis R. Flores, p. 126.—Mensaje a Gabriela Mistral, p. 222.
- Estrella, Omar.—Poemas, p. 375.
- Falcón, Irene de.—La prostitución y el capitalismo, p. 168.
- Faraday, P. Michael.—La vida de Faraday, el gran inventor, p. 315.
- Fernández Almagro, M.—Voces de la inteligencia, p. 13.—La alegría que pasa, p. 265.
- Fernández y Medina, Benjamín.—Canales interoceánicos, p. 28.
- Flor de Té.—Poesías, p. 182.
- Fort, Guillermo H.—Celada financiera contra Cuba..., p. 55.
- Fragmentos de carta, p. 98.
- Frente al 4 de Julio, p. 80.
- g. m.—¡Adiós, mi General, p. 366.
- Gallegos, Rómulo.—Una renuncia y una protesta, p. 107.
- Gamboa, Emma.—Ester Vega, p. 244.
- Gandhi.—Los diez y nueve mandamientos, p. 361.
- Giménez Caballero, E.—Unas líneas autobiográficas, p. 105.
- Gerchunoff, Alberto.—Hechos y comentarios, p. 22.—Hégel, pp. 353 y 354.
- González, Fernando.—Nuestra aurora, p. 60.—La llave, p. 273.
- González Arrili, B.—Cajigal, p. 25.
- González de Infante, María Refugio.—Educación azteca, p. 142.
- Grillo, Max.—Canales interoceánicos, p. 279.
- Gris.—Para los Apuntes de los maestros despiertos, p. 356.
- Guerra Trigueros, Alberto.—Soledad, p. 227.
- Guevara, Adán.—Un día me hallé un susto, p. 282.
- Guevara Centeno, A.—La carreta, p. 86.
- Guillén, Alberto.—Elegía a un soldadito muerto en una revolución Sudamericana, p. 123.—La nueva poesía chilena, p. 93.—Un nuevo poeta argentino, César Tiempo, p. 125.
- Guillermo Valencia juzga a Max v. Loewenthal, p. 138; a Rendón, p. 376.
- Hablando con el Dr. Marañón, p. 89.
- Haven Schaffler, Robert.—Basura del mundo, p. 4.
- Haya de la Torre.—La independencia económica de la América Latina, p. 69.

- Henestrosa, Andrés.—Ortega y Gasset y la misión de la Universidad, p. 329.
- Henríquez Ureña, Pedro.—Martí, p. 33.
- Huxley, Aldous.—Pígmalión contra Galatea, p. 177.
- Hispano, Cornelio.—Cartas inéditas de Fanny du Villars, p. 161.
- Jarnés, Benjamín.—Goethe, genial burgués, p. 136.—La golosina y el cielo, p. 232.
- Jiménez, Guillermo.—Los sonetos de Sor Juana y Xavier Villaurrutia, p. 209.—Visita a Giovanni Papini, p. 137.
- Jiménez, Max.—Mi tristeza, p. 160.—El eterno nocturno, p. 171.—Nosotros y los otros, p. 183.—El poema perdido, p. 198.—Juan Chunguero, p. 213.—Sólo te pido, p. 333.—Renuevo, p. 234.—En el pasillo de la Exposición, p. 245.—¡Versos!, p. 263.—Los viejos escalones, p. 278.—Poesías, p. 316.—Francisco Mayorga Rivas, p. 335.—La luz de mi luna, p. 375.
- Jolas, Eugene.—Un documento mágico, p. 241.
- Kollontay, Alejandra.—Hermanas, p. 169.
- L. B.—Si cada región tuviera su Gabriel Miró..., p. 41.
- La Dictadura cubana, p. 351.
- La figura de Cossío, p. 72.
- Labarca H., Amanda.—Vida y teorías, p. 37.—Palabras envilecidas, p. 125.
- Lars, Claudia.—El Señor del Sueño, p. 259.—El portalito, p. 357.
- Lizaso, F.—Carta alusiva, p. 322.
- Lomar, Martha.—Poesías, p. 75.
- López, Jacinto.—Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua, p. 108.
- López de Mesa, Luis.—Naturalmente, esta vez tendré que hablar de arte..., pp. 40 y 52.
- Lugones, Leopoldo.—Oda al amor, p. 38.
- Lyra, Carmen.—Carta a Gabriela Mistral, p. 166.
- Lydia de Rivera (Homenaje), p. 257.
- Lleras Camargo, Alberto.—La peregrinación de Ricardo Rendón hacia el tercer reino, p. 376.
- Maeztu, Ramiro de.—Santiago Rusiñol, p. 265.
- Manifiesto de los intelectuales de Chile al país, p. 123.
- Manifiesto de los intelectuales de España a los perseguidos de Cuba, p. 182.
- Marañón, Gregorio.—Federico Amiel: Un estudio sobre la timidez, p. 81.
- Marichalar, Antonio.—El estilo y la clase, p. 354.
- Marinello, Juan.—Inicial angelica, p. 310.
- Mistral, Gabriela.—La cacería de Sandino, p. 27.—El sentido de la profesión, p. 113.—Un Tagore de Nueva York, p. 153.—Poesías, p. 156.—Conversando sobre la tierra, p. 172.
- Montalvo, Juan.—Elogios, p. 2.
- Montes, Eugenio.—Bajo el signo del laicismo, p. 143.
- Naranjo Martínez, Enrique.—Civilización zamba, p. 21.
- Nieto Caballero, L. E.—El mensaje de Lenin, p. 360.
- Nin Frías, Alberto.—Oración del hombre de letras, p. 288.
- Noticia sobre algunos de los movimientos revolucionarios habidos en Venezuela, p. 112.
- Ortana.—Comentario estético perpetuo, pp. 287 y 343.
- Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala se dirigen al pueblo español, p. 13.
- Ortega y Gasset, José.—Discurso en León, p. 89.—El hombre y su circunstancia, p. 216.—Hégel y América, pp. 353 y 372.
- Pacheco, León.—Hacia una nueva Edad Media, p. 363.
- Pallais, A. H.—Dos baladas, p. 62.—La balada de los piratas, p. 174.—La glosa de las víboras glosadoras, p. 288.
- Pascoli, Giovanni.—La misa de oro, pp. 263 y 277.
- Pérez Amunátegui, Ismael.—Resumen del movimiento estudiantil cubano, p. 254.
- Persiles.—Homenaje a Erasmo de Rotterdam, p. 8.—Gissing está nostálgico, p. 30.—Elogio de Helena Petrovna Blavatsky, p. 35.—Defensa de Galileo Galilei, p. 61.—Los maestros y la política, p. 76.—Defensa de Spinoza, p. 88.—En el que concluye una conversación interrumpida, p. 106.—Procesión de Emperadores, p. 119.—Aburridos de Bizancio hicimos fuga a la Alejandría del 236 A. D., p. 132.—El sistema de Plotino, p. 154.—Historia de la Sarah israelita, p. 175.—La comedia de las equivocaciones, p. 187.—El clavel bajo la influencia de la Sarah, p. 206.—Un discurso de Gissing y una escena penosa, p. 221.—Port-Royal, p. 231.—Episodio dramático, p. 253.—Concepto de las ánimas, p. 262.—Directorio de la poesía italiana anterior a Dante, p. 286.—A propósito de las matemáticas, p. 293.—Un poema japonés, p. 318.—Urgencia de encender hogueras, p. 330.—Contra el angosto criterio de los justos, p. 359.—
- Piccard.—A 15.781 metros sobre el nivel del mar, p. 271.
- Pino Espinal, Oscar.—Fernando González o el hombre de alma desnuda, p. 273.
- Por Agustín Acosta, p. 29.
- Portal, Magda.—La hora histórica del Perú, p. 65.
- Prieto, Emilia.—Doreen Vanston, p. 243.
- Quijano Mantilla, Joaquín.—Cómo se redime un pueblo, p. 325.
- Rendón, p. 376.
- Resumen del movimiento estudiantil cubano, p. 49.
- Reyes, Alfonso.—El Cementerio marino en español, p. 323.
- Roa, Raúl.—30 de Septiembre, p. 300.
- Robles, Fernando.—La Argentina sin libertad, p. 276.—Haya de la Torre, paladín de nuestra América, p. 309.
- Rodríguez Beteta, Virgilio.—Bicentenario de Rafael Landívar, p. 369.
- Roig de Leuchsenring.—La República de Cuba está en venta, p. 55.—Descubierta la jugada de políticos y capitalistas contra Cuba, p. 159.
- Rolland, Romain.—Europa, ¡ensánchate o mueres!, p. 57.
- Russell, Bertrand.—Decálogo de un filósofo, p. 73.
- Sabat Pebet, J. Carlos.—Rodó, guía de lectores jóvenes, p. 624.
- Saénz Cordero, Manuel.—A propósito de Bolívar, p. 150.
- Salarrué.—Cuentos de barro, pp. 236 y 246.—La isla del Ser y del no Ser, p. 351.
- Salazar, Adolfo.—Stravinsky y la universalidad, p. 85.
- Samper, Darío.—Elogio del aguardiente, p. 45.
- Sánchez, Luis Alberto.—Carta a Victoria Ocampo, p. 117.
- Sancho, Mario.—Carta, p. 345.
- Sanín Cano, B.—Aldous Huxley o la idolatría de la vida, p. 177.—Un representante del "grande humor", p. 268.—El capital y la competencia, p. 331.—Rendón, p. 376.
- Selva, Salomón de la.—Carta alusiva, p. 340.
- Siqueiros, D. A.—El Sindicato de Pintores y Escultores de México, p. 223.
- Sotela, Rogelio.—Salutación, p. 162.—Poesías, p. 296.
- Soto Vélez, C.—Augurios, p. 14.
- Tablero (1931), pp. 46, 127, 167, 191, 256 y 319.
- Tamayo, Pío.—Homenaje del indio, p. 110.
- Tenreiro, M. R.—Entrevista con Papini, p. 137.
- Thompson, Francis.—El galgo celestial, p. 283.
- Tiempo, César.—Poesías, p. 125.
- Torres, Elena.—Esfuerzos ignorados, p. 135.—Canales interoceánicos, p. 233.
- Torres Rioseco, Arturo.—Gabriela Mistral en los Estados Unidos, p. 113.—El fin de la dictadura en Chile, p. 125.—Prólogo, p. 225..
- Tovar, Rómulo.—La amiguita, p. 235.—Los seres invisibles, p. 285.—El hermano, p. 316.—José Ml. Sánchez, p. 344.—La muñeca, p. 349.—El concepto de Universidad en el Dr. Castro, p. 377.
- Ugarte, Manuel.—Carta, p. 9.—El despertar español, p. 67.—Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua, p. 121.
- Umaña, Salvador.—Asamblea de la Nueva Educación, pp. 26 y 44.
- Unamuno, Miguel de.—Cristianismo monárquico o monarquismo cristiano, p. 43.—Dos comentarios, p. 185.—Autoridad y poder, o el divino Maestro y el fariseo, p. 295.
- Valery, Paul.—El cementerio marino, pp. 332 y 334.
- Valle, Rafael Heliodoro.—Figuras de Landívar en el agua, p. 242.
- Van Doren, Carl.—La torre de Ironía, p. 193.
- Varios autores.—Flores líricas de los jardines de Rusiñol, p. 134.
- Varios autores.—Apreciaciones del libro *Penitenciaría-Niño Perdido*, p. 289.
- Varona, Enrique José.—Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua, p. 56.
- Vasconcelos, José.—Comentario, p. 12.—España debe atreverse, p. 17.—Discurso en honor de Bolívar, p. 97.—Motivos venezolanos, p. 120.—Los rotarios en el exterior, p. 188.—Los rotarios en Bogotá, p. 196.—Con los jóvenes salvadoreños, p. 211.—La América Latina se ha insurreccionado contra los banqueros del imperialismo, p. 261.
- Vela, Fernando.—La vida de los termes, pp. 229 y 298.
- Victoria, Marcos.—Romance de la Niña y el Demonio, p. 19.
- Viera Altamirano, N.—La odisea del pueblo judío, p. 358.
- Villalba, Jobito.—Discurso, p. 109.
- Washington, Jorge.—Despedida al pueblo de los Estados Unidos, pp. 305 y 347.
- Zambrana, Antonio.—Un discurso memorable, p. 337.
- Zulueta, Luis de.—La esclavitud actual, p. 34.

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIII

San José, Costa Rica 1931 Sábado 12 de Diciembre

Núm. 22

Año XIII. No. 566

SUMARIO

A propósito del año jubilar de nuestro Colegio de Abogados
Carta alusiva
Poesías de Edouard Du Buron
Carta alusiva
Si el Salvador capitula
Bibliografía titular
Comentario estético perpetuo
José Manuel Sánchez

Antonio Zambrana
Alejandro Alvarado Quirós
Salomón de la Selva
Juan del Camino
Oriana
Rómulo Tovar

Una carta interesante
Despedida de Washington al pueblo de los Estados Unidos (y 2.)
La muñeca
La Dictadura cubana
La isla del Ser y del no Ser
El alma de las palabras
Carta

Mario Sancho
Jorge Washington
Rómulo Tovar
Salarrué
Crisóstomo
José Santos Chocano

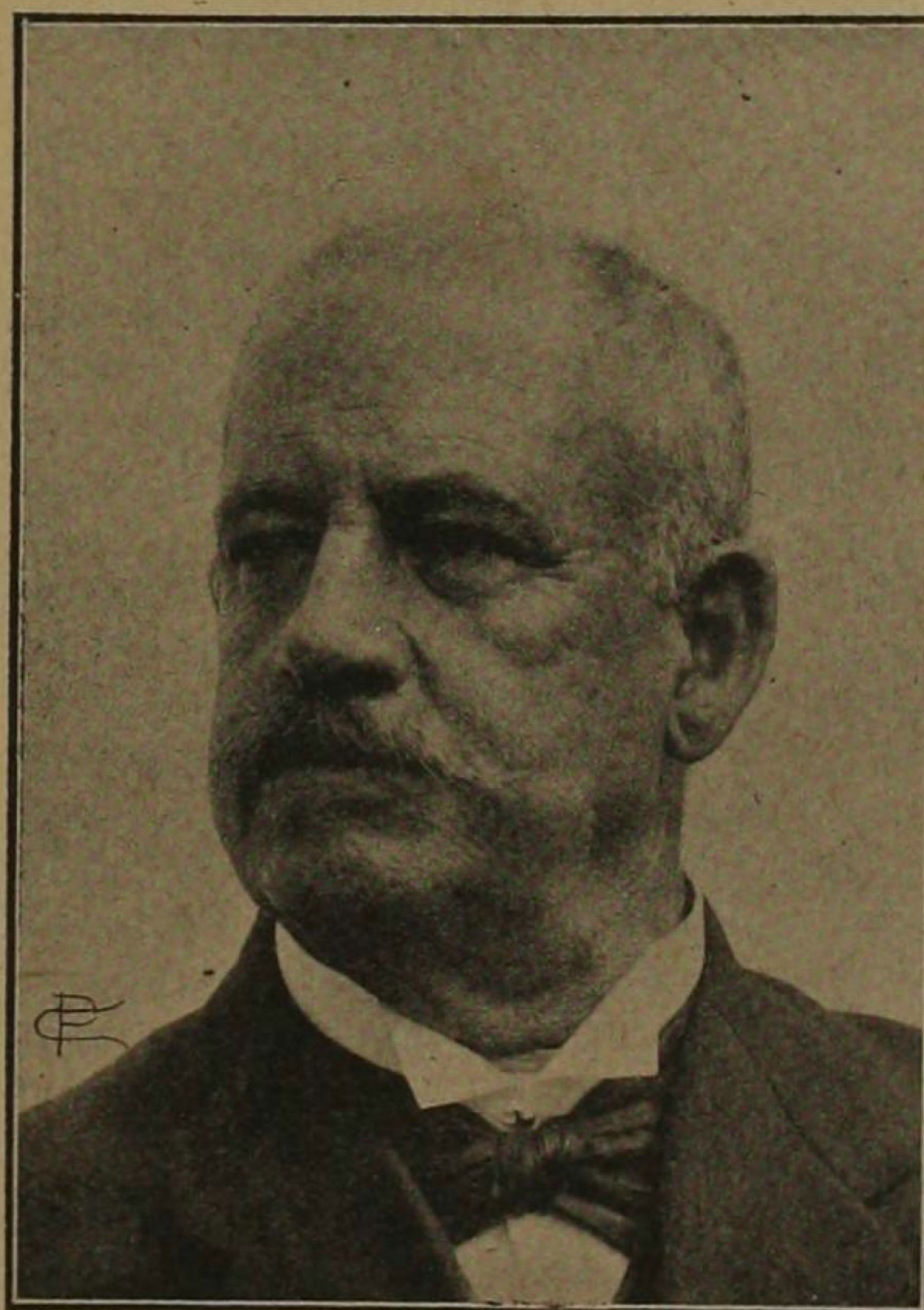
A propósito del año jubilar de nuestro Colegio de Abogados Un discurso memorable del Dr. Zambrana

Excelentísimo Señor:
Señores:

Acaba de levantarse una tribuna en Costa Rica,—la tribuna de una ciencia, la tribuna de la ciencia más importante, en mi concepto, de todos cuantos estudios metódicos realiza la inteligencia humana,—y al ocuparla el primero comprenderéis que me posea una emoción profunda. Miro al porvenir y estoy contemplando en esta hora solemne, con la fantasía, la juventud gallarda y animosa que vendrá aquí a hacer sus mejores armas en el combate incruento de la palabra, que vendrá aquí a pensar en alta voz sobre los temas más grandes que a seria y laboriosa investigación pueden ofrecerse; yo contemplo, señores, a la generación que se levanta sustituyéndose en estos sitios y rectificando y completando la obra de nuestro esfuerzo, y así como ella ha de saludar reconocida nuestra memoria, saludo con profunda emoción a la patria futura, saludo a la República iluminada por la ciencia, saludo a la Costa Rica del porvenir, que anhelo yo tan grande, tan noble y tan fuerte, como puede ansiarla vuestro amor de hijos, como puede imaginarla en sus generosos ímpetus vuestro deseo.

Y lo repito, esta tribuna es de importancia trascendental. A medida que el reloj de la civilización suena con su timbre de oro un momento más avanzado de la historia, vivimos menos aislados y menos individualmente los hombres. El egoísmo hace naufragio en esta vida común en que tantos y tan preciosos vínculos nos estrechan; y a medida que la forma social se determina más claramente, la ciencia de la sociedad se precisa más y se coloca con más incontestables títulos entre los primeros trabajos intelectuales. No cabe dudarlo,—la verdadera ciencia del Derecho que a todos los límites de la sociabilidad se extiende

=De El Foro, San José de Costa Rica, 12 de Nov. de 1884=



Antonio Zambrana

Carta alusiva

San José, 10 de Diciembre de 1931.

A don Joaquín García Monge.
Estimado maestro y amigo:

El magistral discurso que Ud. me ofreció reproducir fue pronunciado por el Dr. Antonio Zambrana, en el salón del Congreso del Palacio Nacional, en la sesión inaugural del Colegio de Abogados celebrada a medio día del 20 de agosto de 1881. Presidió el acto solemne don Salvador Lara, Designado encargado del Poder Ejecutivo y su ilustrado gabinete. Asistieron el señor Obispo de la Diócesis, el Rector y Profesores de la Universidad, el Gran Consejo Nacional, la Municipalidad de la capital y numeroso público.

En la sesión del 8 del mes en curso por iniciativa nuestra, el Colegio de Abogados acordó conmemorar el medio

(Pasa a la página 343)

de y todas las fases de la sociabilidad considera, es tan profunda y de tan positivo carácter, como la ciencia que por antonomasia lleva este nombre y que toda la vida física abraza; tan elevada como el arte que levanta en paralelismo prodigioso con el universo de la realidad, el universo de la fantasía. Fuera de la sociedad no hay hombres; fuera de la armonía, del equilibrio de autónomas voluntades, de diversos impulsos, de contrapuestos intereses, bien puede asegurarse que no hay sociedad; y la ciencia que establece y mantiene este superior concierto, la matemática grandiosa que estudia y maneja la máquina de la sociedad, tan complicada como la de los mundos por la variedad indefinida del espíritu humano, la que hace del instinto social rudimentario una fuerza de cohesión tan poderosa como la que reúne las moléculas del diamante, la que con los individuos forma familia, no como un fenómeno pasajero o dependiente de afectos no siempre seguros y no en todo pecho los mismos, sino como un ser que se vivifica con hálito inmortal, la que con las familias, muchas veces rivales, forma la Nación, la que con las naciones, de distinto origen, de diferente tendencia histórica, de añejos y mutuos odios inspirados, está laborando por formar, a beneficio de mil hábiles transacciones y con pausada pero perseverante faena la entidad humanitaria que tanto han soñado los poetas,—es esta ciencia, erizada de fórmulas, tachada de fría, mirada a veces con desdén por el guerrero, con recelo por el político; es esta ciencia que encierra en su fecundo seno la disciplina de la ley, la obediencia a una autoridad innominada, que es la razón común, disciplina sin cuyo virtual influjo nunca será de veras educado y convertido a vida racional el todavía indómito género humano; es esta

ciencia, que tiene a su cargo ir reflejando cada vez mejor en la ley que se escribe, la ley que se encuentra como entre los resplandores no siempre visibles de la conciencia humana. Chocan los ejércitos, disputan las asambleas, desempiedran las calles las revoluciones, los más extravagantes delirios de la ambición, de la soberbia y de la ira ocupan las páginas de la Historia, la atención de las multitudes, y llenan con su ruido atronador los ámbitos del planeta; --entretanto, la ciencia social ha hecho al través de las catástrofes y de estremecimientos en que se reducen a polvo los imperios, alguna observación interesante, algún descubrimiento nuevo en sus investigaciones sobre la organización moral, humana, ha formulado un nuevo principio y antes de estamparlo en los Códigos lo ha estampado en los libros: con aquel principio, escríbalo Beccaría o escríbalo Rousseau, se derrota años después alguna iniquidad triunfante, se amansa alguna cólera, se rompe alguna cadena; la humanidad eleva videntes al héroe que lo aplica; y nosotros los que conservamos los archivos de esta ciencia sublime redoblamos la enorme fatiga para continuar sin brillo y sin aparente fuerza dirigiendo y armonizando a los hombres en el cumplimiento de su egregio destino.

Nosotros somos la evolución, señores. Ya se trata del individuo, ya de la sociedad, la vida es en realidad una lucha: batalla de la razón con el impulso de la sangre y de los nervios allá en las profundidades del alma, combate de todas las horas entre la fuerza que anima el organismo y las influencias exteriores que corrompen el aire y llevan sutil ponzoña a nuestras venas y alteran con un cambio de temperatura el equilibrio de toda nuestra física economía; y en la familia, y en la patria, y en la sociedad humana siempre egoísmos rivales, e ilegítimos intereses en contradicción o lo que es más, antagónicos criterios. La Religión tiene su fórmula, la más alta sin duda, que resuelve no según el caso y lentamente sino para todos los casos y de una vez, que resuelve, digo, estos problemas, en ocasiones tan complicados y tan difíciles de la armonía del hombre con el hombre y de la armonía de cada hombre con su propia conciencia. Mas esa fórmula lleva ahora diez y nueve siglos de estar proclamada en el mundo, y si los débiles y los caídos suelen aceptarla, los fuertes y los encumbrados la aceptan por lo común con adoración de palabra y la ponen en un altar, al cual le volvemos la espalda en la vida práctica. Pues bien, señores, para el triunfo en espíritu y en verdad de la idea religiosa, para la marcha en el progreso que esa victoria conduce, para el advenimiento del mayor grado de armonía a que los destinos individuales pueden conducirse dentro del común destino, no hay más que dos medios, que en el punto a que hemos llegado del desenvolvimiento humano, pueden ya compararse por experiencia, con cabal estudio de su naturaleza íntima y de sus consecuen-

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:
10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Confíguo al Teatro Variedades

cias lógicas: estos dos medios los constituyen, la revolución que desquicia y la evolución que transforma, el embate de los odios y el impulso de las convicciones, una ira que se desencadena, o una verdad que se implanta, algo que es como la llama de un incendio más y que destruye muchas veces la mano que la enciende, o algo que es como la luz de una estrella nueva levantada sobre la frente de los hombres; la idea Euménide, la Furia divina imaginada por los antiguos, hijos del cielo, pero terrible y desoladora, o la idea sin mancha de sangre y sin mancha de sombra, la idea-sol rompiendo con rosado rayo la bruma del crepúsculo para levantarse luego a triunfante y permanente medio día. El ideal conocido hasta hoy del sistema revolucionario es la convulsión tremenda con que deshizo la Francia del siglo pasado el régimen feudal, el ideal eterno del otro es la palabra del Evangelio depositada por propaganda mansísima en la conciencia del género humano e iluminando para siempre con sereno e inmenso resplandor su marcha fatigosa.

Entre las sombras más augustas de la antigüedad aparece, señores, la sombra de Espartaco, la sombra de aquel esclavo, vengador de cien razas, que sintió bastante robusto su brazo, bastante ancho su puñal para romper con él el corazón de Roma; y al través de las orgías del Imperio, la Historia mira pasar con respeto indecible la sombra de otro esclavo. Epicteto no quiso ser la espada, fue la palabra; no quiso ser la llama, fue luz. Humillado por su clase y por su raza, puesto bajo todas las gerarquías y todas las leyes del Imperio, que lo humillaban en su dignidad y lo agobiaban con su peso, siendo en fin un esclavo, un miserable, el último de los hombres, casi ni un hombre, purifica con los sueños de su infortunio el ideal estoico y logra con su influjo que ese ideal sublime ilumine el alma del Imperio.—Señores, ante Espartaco hiriendo, la Historia admira; ante Epicteto enseñando, la Historia bendice y adora.—Oh!; que no se extinga en el mundo el ardor generoso, origen del heroísmo que combate; pero que brille siempre, sobre la memoria de todos los héroes, la memoria incomparable de esos inmaculados pontífices de la Humanidad, que sin entrar en contubernio con la mentira, y sin doblarse a los poderosos de la tierra, no mancharon sino con la propia sangre el armiño de su túnica sacerdotal, y oponiendo como única

venganza a los que los desconocían, la venganza del Gólgota, deshonraron con el espectáculo de su sacrificio e hicieron volar en escombros con la pólvora inmortal de su palabra, las instituciones de granito y las sociedades orgullosas, en cuyas entrañas, más duras que el granito, fueron concebidas.

La evolución ha venido infiltrando en las sociedades, al través de los instintos y de los vulgares apetitos, el ideal humano, vagamente soñado un día, hoy poderosamente sentido y a la luz de la razón proclamado como ley de la especie. Agrupaciones incoherentes y poco adheridas que juntaba solo la necesidad y un grosero afecto de familia, huestes peregrinas más tarde, unidas por bestial avidez común y similares de las que forman las famélicas fieras,—miradlas hoy constituyendo esas nacionalidades robustas que bajo los pliegues de una bandera existen en armonioso conjunto, y a las cuales una palabra,—el nombre de la patria,—electriza de entusiasmo, de placer o de espanto y lleva unánimes, como el sonido de mágico clarín, al heroísmo y a la muerte. Mirad, señores, la nación de hoy, recordad la tribu de ayer y maravillándoos conmigo de estos milagros de racional desenvolvimiento, de que es la humana especie susceptible, gozad en esperanza los triunfos que tales adelantos procuran y que ya la ciencia define. Oh!; no sin lucha ha atravesado la humanidad bien amargos días, ha vertido mucha sangre, ha derramado muchas lágrimas, se ha agitado en muchas tormentosas convulsiones para llegar desde la tribu errante a la tribu asentada sobre el suelo que fija el ancla en un espacio de la tierra y lo rompe en sulcos y prepara el corazón y la troje para las alegrías y los frutos de la cosecha y se entrega, coronada de pámpanos, a la fiesta de la vendimia; para llegar desde el pueblo que sólo en sí mismo reconoce la ciudadanía del mundo, y que pasea como astro siniestro los fulgores de su espada en signo de ignominiosa servidumbre, sobre todas las razas que oye respirar en torno suyo, a los pueblos que marcan una frontera a su ambición y envían al través de ella saludo fraternal a los otros pueblos y mensajes de civilización a las razas que han quedado en la sombra; para llegar a cada una de las etapas que ha sucesivamente recorrido; para llegar a la ciudad cuyas ramas de piedra se levantan con frutos de luz donde antes extendía la selva sus descarnados brazos; para llegar a la democracia moderna que humilló a los muros de la ciudad, dentro de los cuales hervía el trabajo y pensaba la ciencia y soñaba el arte: la roca del castillo en que vivía como ave de rapiña el Señor Feudal que rompía los lazos de la sociedad con su privilegio; para llegar a las grandes fiestas del trabajo a que se convida el mundo en nuestros días en las exposiciones universales, honrando la industria que se encorvó antes bajo yugo de infamia y cuya frente sudo-

rosa está hoy más alta que las frentes coronadas; para llegar a esta religión del Derecho, así debo llamarla, y a este sentido de la fraternidad y a este entusiasmo amoroso por toda grande idea, que harán, a pesar de los errores y de las flaquezas que ha presenciado y que está presenciando, que harán de eterno y luminoso recuerdo el día que nos ha tocado vivir en la Historia: ¡época grandiosa! no por los ferrocarriles, no por los telégrafos, no por los mares que ha unido, no por las montañas que ha aplanado; sino porque después de ella toda aristocracia será un delirio y toda esclavitud será un crimen; pues ya se apresta el ara, dúdalo quien lo dude, niéguelo quién lo niegue, ya se apresta el ara, ya aparecen inhiestas las columnas del templo en que la razón, la justicia, la libertad, la concordia definitiva de todas las razas y de todos los pueblos y de todos los hombres, se consagrarán dogmas, no como la fe los adora, revelados por el cielo entre portentos que interrumpen la ley de la naturaleza y en medio de la sombra de misterios inescrutables; sino estampados en la conciencia, engendrados en el espíritu, evidentes para el pensamiento, pues son las leyes, son los modos de vivir de la Humanidad, nunca llorosa, nunca dispersa, nunca vacilante, sino por el eclipse de uno de esos grandes principios que llenan con sus resplandores sidéreos todo el horizonte de la Historia.

Mirad, señores, lo que pasa en el mundo: en ochenta años que llevamos vividos en esta época transformadora, a los reyes absolutistas, representantes del antiguo principio de autoridad, se les ha deshecho la corona en las sienes, les ha faltado bajo los pies el escaño del trono. Francia, después de vacilaciones gigantescas, que han tenido siempre palpitante la atención universal, realiza la república definitiva que nos había profetizado; la Inglaterra comienza a hacerle justicia a la Irlanda, que no puede reclamársela con ejércitos; en España entra la monarquía en la democracia, como entró en Bélgica, como entró en Italia; Italia ha resucitado de todas las servidumbres cuya loza pesaba sobre ella; en el Portugal, que parecía destinado por la naturaleza y por su historia para la aristocracia, la aristocracia decae, el Austria se disgrega, porque no es ya el manto de un Emperador capaz de cobijar al bohemio y al húngaro, al alemán y al eslavo, ansiosos de realizar con independencia de carrera su destino histórico; la Prusia hacina pueblos para formar la titánica confederación del feudalismo, y prepara, sin saberlo, la más portentosa confederación de la libertad; Rusia viene a la civilización con su inmenso cortejo de pueblos, que salen de la noche del Asia y a quienes da por vez primera la luz en el rostro: los cerrojos del calabozo turco caídos en tierra; Grecia, que recupera por empeño de la Europa sus tierras inmortales, para que descendan quizás de nuevo a ellas el coro de las Musas

Hágase de estas buenas obras:

Papini: <i>Historia de Cristo</i>	6-00
José Kallinikow: <i>Mujeres y frailes</i> . Novela en 2 Vols.	10-00
León Trostki: <i>La situación real de Rusia</i>	3-50
H. Beraud: <i>Mi amigo Robespierre</i>	4-50
Tagore: <i>El jardinero</i> . 1 Vol. pasta	4-00
J. Germain: <i>Pruebas de inteligencia</i>	6-50

Con el Adr. del Rep. Am.

y vibre el plectro de oro cuyas melodías no se han desvanecido después de treinta siglos, en el recuerdo de los hombres; la América que era un mundo de colonias y que es un mundo de pueblos soberanos; muerta en Méjico la quimera de la trasplatación monárquica para que se sepa que en este continente virgen no puede retornar el despotismo; rota en Washington, en un minuto y al golpe de una ley la cadena de cinco millones de parias, y sacudiendo la gran República de su costado la flecha envenenada de la servidumbre; y olvidando la distinción de gobiernos, el martillo de la ciencia rompiendo las montañas; el sol de la electricidad comenzando su levante; fuerza motriz nueva generándose en la oscuridad del laboratorio; el secreto del arte sorprendido; el arte engrandeciéndose para llegar a ser la verdad idealizada; un soldado legendario, Garibaldi, que hubiera fundado ayer una monarquía y que acaso fundará una república antes de morir; un sabio, Edison, que hubiera sido reído como visionario o quemado como hechicero en el siglo pasado, y que hoy es un obrero práctico de la civilización; un profeta de Israel, Víctor Hugo, con la lira de la democracia en la mano. ¡Oh, no es posible recordar todos los hechos, citar todos los nombres, trazar ni siquiera el croquis de la obra prodigiosa, pero basta un nombre, un hecho, un recuerdo de tantos como vienen a la memoria para que el hombre del siglo XIX, lleno de fé en la fuerza de su especie y en el divino auxilio con que marchamos a la conquista del ideal, pronuncie el himno, sí, pronuncie el himno del progreso, sin que protesta alguna del escepticismo pueda interrumpir y turbar la majestuosa sinfonía. Señores, todas esas victorias, aunque estén algunas de ellas manchadas de sangre, son las victorias de las grandes ideas. Los elaboradores de ideas son los elaboradores del progreso. Los resortes del humano destino no se mueven sino con el calor del pensamiento. Todo paso que se da hacia adelante es en realidad una ley que se descubre o que se formula mejor. Organizar las leyes es organizar el espíritu. Hacer de la ciencia del Derecho la ciencia general de las fórmulas sociales y enseñar esas fórmulas como se enseñan las verdades matemáticas, es pacificar el mundo. El profesor más humilde que contribuya a educar a un pueblo en la disciplina de la ley y a civilizar la ley para levantar con ella el nivel moral de una sociedad, es algo más que un grande hombre del siglo XIX, es un ciudadano del siglo XX.

Hay en las angustias de la duda que atormenta al espíritu humano, alivio que parece misterioso y que tiene su origen en presentimientos o esperanzas evidentemente distintas de lo que por experiencia conocemos; y así como la campana de un templo lejano indica al extraviado caminante a donde están el reposo y la calma, vibrar suele en horas serenas, allá en lo íntimo de nuestro ser, una fibra secreta, que nos trasporta fuera del egoísmo y la sensualidad, y que nos hace levantar hasta por encima de la vida, el valeroso pensamiento; es que por muchas miserias en que incurramos, por muchas pasiones tempestuosas que nos agiten, por muchos intereses mezquinos que cautiven nuestra atención de un día,—el ideal está allí, en lo alto, inmóvil, ejerciendo sobre nuestras almas su atracción invencible. Señores, el ideal encarnado en la sociedad es la familia humana, para que haya familia humana se necesita la ley que armoniza al pueblo con el pueblo, la ley que armoniza al opulento con el miserable, la ley que alumbra al ignorante y al delincuente; trabajar dentro de ese programa en el grado, en el espacio y en el tiempo que nos son concedidos, es bien alto y bien positivo trabajo. Dejad que alguno califique de quimera el elevado intento,—el telégrafo y el vapor, la democracia y el derecho lo fueron ayer: los sembradores de doctrinas no se preocupan, por otra parte, de si son ellos mismos los que deben recoger la cosecha. Señores, nada podemos prometeros; sólo os decimos que no se funda aquí el gremio de un oficio, la corporación de un arte útil; se funda la sociedad de una ciencia. Excelentísimo señor, el Colegio de Abogados ha oído con reconocimiento las palabras que le habéis dirigido, y espera del Gobierno que V. E. dignamente preside, algo más que la colaboración sincera, la colaboración inteligente; recordad, Señor, que las batallas del reinado de Justiniano han pasado al olvido, y que las leyes del reinado de Justiniano forman todavía un elemento de la civilización; recordad que la Comuna de París pudo poner en tierra la columna de bronce que simbolizaba la gloria militar y política del primer Bonaparte; pero que no pudo pensar en destruir el "Código Napoleón," por que el "Código Napoleón" es una piedra de la historia de Francia. En cuanto a nosotros, estimados colegas, estamos construyendo una idea; no sé hasta dónde llegará nuestro esfuerzo; pero siempre diré con orgullo en memoria de este día lo que acostumbraban decir aquellos viejos soldados españoles que habían asistido a ellas, con respecto a la batalla de San Quintín, y con respecto de la batalla de Lepanto: "Yo estuve allí."—Los constructores de ideas nada tienen que temer de los cataclismos posibles: cuando la tierra o la sociedad tiemblan, sólo las ideas quedan en pie.

Antonio Zambrana

Poesías de Edouard Du Buron

Dondequiera estoy solo...

Dondequiera estoy solo, dondequiera:
En esta casa de las puertas abiertas
que nada me revelan:
Ni siquiera una sombra que dijera
"Un tesoro escondido en mí se encierra."
Por eso tengo el alma mía inquieta
con inquietud eterna
hasta abolir los muros dondequiera.

Aun no son para mí los cantares de mi alma

Aún no son para mí los cantares de mi alma,
las canciones que quiero poder un día darles.
Aún no son para mí los amores de mi alma
cuya quietud jamás ha perturbado nadie.
Ni para mí los sonos de clarines o flautas
con que el vasto auditorio ha de llamarme.
Ni para mí el murmullo de voces de la Muerte
como voces de Madre.
Ni para mí el momento aún de que conozca
el rostro del Silencio imperturbable
y a los pies del Silencio eche la larga carga
de los ruidos que hicieron duro el aire.
Solo, conmigo mismo, como Amado y Amada
me duplico en mis propias profundas soledades.

Oh pensamiento...

Oh, pensamiento,
no te detengas a esperarme.
Nada te atrase: siempre adelante:
No importa que yo tarde,
tú corre, vuela, lánzate.

Ahora me parece...

Ahora me parece como si esta tierra
tan lejos de la mía
interminables años se hubieran deslizado.
Apretones de manos
sin acompañamiento fraternal de sonrisa:
Caras nuevas, todas las mismas caras,
cubiertas con el mismo dolor como con máscara:
Yo sé que tienen algo que se esconden en casa.
Y me parece ahora como si en esta tierra
donde a penas he estado cuatro días
interminables años se hubieran deslizado.

Júbilos indecibles...

Experimento júbilos indecibles
cuando, solitario, descanso
con la mejilla en la mejilla de la hierba,
y en los ojos la sombra de los árboles.

Experimento júbilos indecibles
cuando me tomas de la mano
y por senderos de tus jardines me llevas
con la guía de huellas de tus pasos.

Experimento júbilos indecibles
cuando me paso recordando
la bendición de tu sonrisa hecha de luces
con que mis soledades has poblado.

Oh, mar sin playas...

Oh, mar sin playas de mi espíritu,
tolero que te juntes con el mar de la Tierra.
Sean los dos océanos como una
vasta flor de insuperables pétalos.
Para injertar en ti, mar de la Tierra,
el mar sin playas de mi espíritu,
he de abrirte una herida entre las olas,



Edouard du Buron en la Marcha Fúnebre (de la Sonata Opus 26) de Beethoven sobre la muerte de un héroe

Carta alusiva

Mi querido don Joaquín García Monge:

Este extraordinario Edouard du Buron que nos ha llegado, Dios sabe por qué, a Costa Rica, se pasó las primeras seis semanas aquí sin hallar comprensión. Después usted y yo lo hallamos, gracias al compositor Sequeira, y Du Buron ha tenido amigos.

Antes que nosotros lo conocieron Amighetti, Sánchez y otros. Creo que Quico Quirós estaba entre éstos. Pero, como somos poco sociables, le vieron bailar, tomaron apuntes de palabras y de dibujo, y se apartaron de su lado sin comunicarle el alto aprecio que, por lo menos Amighetti y Sánchez, le cobraron. Para Du Buron ha sido una sorpresa que *Repertorio* publicara el dibujo y la prosa de Amighetti, y saber que Sánchez quería poner en piedra alguna de sus posturas de bailarín original.

Conmigo tuvo la gentileza Du Buron de prestarme libros (ya le enviaré traducción de algo de *The Dance of Siva* del gran Ananda Coomaraswamy), y dejarme leer sus propios versos. De los escritos en el mar mientras venía hacia acá (para encontrarse aquí con el admirable 'Lamento Caribe' que compuso Sequeira y con una soberbia 'Danza de la muerte' que recogió Mediz-Bolio en Nicaragua: legítima música india de mi tierra, que es suya de usted), y de los escritos aquí en San José, los más de ellos en el Parque Bolívar, he traducido una decena para *Repertorio*.

Conste que este artista halló en usted y su grupo, alegría, cordialidad, reconocimiento de sus méritos, admiración. Que lleve de Costa Rica buen recuerdo.

Suyo affmo.,

Salomón de la Selva

San José de Costa Rica,
1.º de diciembre, 1931.

Me llegaron con quejas

Me llegaron con quejas de lo que éste había hecho,
y del pecado de ése otro.
Me vinieron con la dulzura de esta flor
y la hondura de tal o cual valle.
Me dijeron al oído la belleza del sol cuando declina
y la fealdad de ciertos hombres.
Yo sigo mi camino, viéndolo todo, oyéndolo todo,
imagen de cuanto veo y oigo,
extraño a todo, sin embargo,
¿y cómo podría decir lo que quieren que diga
si de cuanto oigo y veo no encuentro la substancia?

Cuando los valles...

Cuando se hayan colmado los valles que hay en
el hombre,
con aguas puras;
cuando el sol se detenga en su celestial peregrinación,
y se junten los océanos que el hombre lleva
dentro;
cuando por vez primera contemple el hombre un
árbol,
entonces, sólo entonces, jamás antes,
se olvidará el hombre de sí y se hallará a sí
mismo.

Oh, que pudiera...

Oh, que pudiera darme a ti en una canción.
Oh, que pudiera llegar a ti con los brazos llenos
de flores no arrancadas.
Oh, que pudiera postrarme sobre tierra para que
tus pies pasaran sobre mis hombros.
Oh, que desde mi prisión te llegaran mis suspiros.
Oh, que para quemar en mi incensario pudiese
recoger todo pétalo caído.
Oh, que frente a ti pudiera colocar mi incensario.
Si alguna copa de las mías ha quedado vacía, os
ruego que la llenéis de mi sangre.
Oh, que pudiera con pie descalzo alzarme sobre
la tierra desnuda y continuar mi tarea.
—Oid: Nota de canto que nadie canta, suena.

A un árbol

Me llego a ti a suplicarte que me permitas entrar
en tu soledad: Estoy cansado.
Todo el día lo anduve recorriendo el hombre por
si hallaba puerta abierta: Toda puerta
estaba cerrada.
Bebí del río hasta llenarme sin poder calmar mi
sed, y te he visto al pasar a tu lado.
Tus ramas me llamaron con música demasiado
sutil para el oído sensual: He aquí que
acudo a tu llamado.
Estoy a tus pies, listo a escucharte.
Permite que sea tu discípulo: Hazme semejante
a ti: Hazme con ramas para cobijar a mi
amada.
Abrázame con tu sombra hasta que caiga el
sereno de la noche: Y aún en la noche me
llenaré de tu majestad.
Junto a ti saludaré al sol que nazca: Me amparará
el rocío que te empañe.
A la hora señalada he llegado a someterme a tu
regla: Árbol, árbol, árbol.

Estampas

Si el Salvador capitula...

Urge ya el ejemplo viril

Ya no queremos más tutelaje del amo yanqui

— Colaboración directa —

Si El Salvador capitula amenazado por el no reconocimiento del Departamento de Estado, la evolución política que acaba de realizar no dará a estos pueblos ninguna enseñanza. Lo natural es creer que los hombres que han asumido esa responsabilidad deliberaron y la deliberación les dió austeridad y firmeza. Porque de no ser así, sólo hay que ver en ellos el atolondramiento que induce a la traición. El estigma de traidores no pueden aceptarlo sino los que sin un amor grande por la patria, la comprometen y la humillan. Y los salvadoreños que pusieron fin a un régimen que juzgaron funesto, no querrán que se les estigmatice. Tendrán que hacerse dignos de la estimación grande de nuestros pueblos. Urge ya el ejemplo viril. El Departamento de Estado nos vigila como a niños. ¿Qué hacemos para no aceptar esta vigilancia? El Salvador va a decirlo. Con qué fe aguardamos la resolución salvadoreña que desarme el tutelaje del Departamento de Estado. No ha sido por espíritu de aventura por lo que aunaron sus aspiraciones unos hombres de esta Centro América enredada por políticos medrosos y taimados en tratados que son una vergüenza. Para someterse a esos tratados y justificarlos no acabaron los salvadoreños con el régimen debilitado. Han de decirnos que iniciaron la lucha en favor de la soberanía centroamericana. No puede el Departamento de Estado arrogarse por más tiempo el título de amo. El gobierno que nos demos es asunto exclusivamente nuestro y sin descender al coloniaje, no es posible aceptar el trato inferior que Washington impone. Dirán que si hay supremacía norteamericana es porque hemos querido darla. Pero no es en verdad cierta la afirmación. Los tratados por los cuales se ligan nuestros pueblos al Departamento de Estado no nacieron como iniciativa nuestra. Se incubaron fuera y luego se obligó a cada Gobierno de estos a aceptarlos, a imponerlos sin deliberación. ¿Qué fin tienen esos pactos adobados al gusto del Departamento de Estado? La sumisión. Lo importante es que consultemos nuestros actos políticos, que no demos paso sin el permiso yanqui. Somos pueblos sin capacidades para el gobierno propio y como estamos situados dentro de la zona de influencia del imperialismo, se nos quiere mandar. No hay otro objeto cuando el Departamento de Estado confecciona tratados. Dicen que son beneficiosos los pactos, porque evitan las traiciones y matan las ambiciones. Sin embargo, no abarca el propósito norteamericano principios morales. Las pasiones de nuestros políticos pueden continuar haciendo sus males si ellas no

están en pugna con el Departamento de Estado. En realidad el Departamento no contempla más que intereses y si todos los hombres de estas latitudes los respetan, no hay rozamientos. Por lo mismo Washington se ha convertido en el lugar de peregrinaje de nuestros políticos. Si hacen armas contra un gobierno, lo primero es pegar el oído en Washington y doblar la rodilla para conseguir su favor. Y Washington ante la infelicidad de tanta personilla cobra más soberbia para el trato de mando.

Dirán que no podemos librarnos del Departamento de Estado y que la vida política nuestra está íntimamente ligada a ese engranaje norteamericano. Pero esa es reflexión cobarde. Ojalá El Salvador no piense lo mismo en estas circunstancias graves. Sus hombres conocían los pactos cuando tumbaron el régimen. Sabían que el tutelaje alzaría la mano amenazante. Pues compórtense con decoro y probidad y digan que no son de la estirpe del politiquillo tropical que el Departamento ve sumiso cada vez que necesita justificar una pillería. No capitulen los salvadoreños. La vanidad norteamericana hará esfuerzos por imponer la solución que no la menoscabe. Pero si el Salvador mandó al diablo a un presidente incapaz y peligroso, nada tienen los Estados Unidos que hacer con el asunto de orden puramente interno. Organicen los salvadoreños sus finanzas, su educación, su fomento. Hagan el Gobierno honrado, pero no tomen en cuenta la cólera o la zalamería del Departamento de Estado. Si los ven temerosos, si les encuentran debilidades, entonces los vencerán y el movimiento que está desti-

nado a ser enseñanza fecunda, pasara a escaramuza infeliz. Estamos seguros de la probidad del movimiento revolucionario. También los salvadoreños deben saber que si se lanzaron a esa gran empresa de liberar a su patria de un gobierno estéril, no fue para satisfacer pasiones. Deben tener ellos la aspiración de trabajar con sacrificio por las cosas de su patria. Y así no admitirán intervenciones que los separen de esos fecundos propósitos. La política norteamericana es funesta porque se mete en asuntos que no pueden estos pueblos delegar en ningún poder extraño. Todo tutelaje es deprimente. No lo aceptarán los salvadoreños que han dicho que quieren darse el gobierno que les convenga. Ahora tendrán que organizarse y decir al mundo que están dispuestos a vigilar, a no permitir que su patria perezca. No la sacrificarán a ninguna ambición de las muchas desatadas en cada país de éstos. El Salvador iniciará la liberación que nos hace falta para nuestra vida independiente y decorosa.

Hemos hablado de El Salvador y la reflexión no es para dar consejo. Queremos únicamente estimular a un pueblo sobre el cual se arma ahora en actitud hostil el engranaje del Departamento de Estado norteamericano. Y sobre todo queremos desentrañar la enseñanza que el suceso revolucionario contiene. Pensamos en los pactos que nos ligan a Washington. Pensamos en los hombres que se prestaron para atar a estos pueblos a esa cadena. Pensamos en el estado mental que la sumisión crea en las gentes que viven del cálculo y de la combinación. Cómo han debido celebrar la amenaza del Departamento de Estado. Por la inferioridad en que los pactos nos colocan, los que no sienten la necesidad de vivir con la libertad del hombre entero, están pendientes de la palabra del poder extraño. Todo lo supeditan a la voluntad del Departamento. Si en él

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH

Socio Gerente

RAMON RAMIREZ A.

Socio Gerente

encuentran la llamada que los llene de esperanzas, centuplican la ambición y corren gritando como si fueran libertos. No hallan solución para los asuntos de carácter esencialmente interno en sus propias fuerzas morales, en su propia capacidad de meditación. El Departamento de Estado lo es todo. Han hecho una especie de Buda de ese organismo político.

¿Y hay algo que justifique la adoración de los políticos? Nada en absoluto. Por su falta de austeridad es que se ha producido el tutelaje que pretende descoyuntarnos. Como no adivina en el politiquillo de por acá otro sentimiento que el mezquino del hombre ambicioso, ha establecido un racero denigrante. El Departamento de Estado no es un organismo libre de influencias funestas. Las tremendas fuerzas que en los Estados Unidos trabajan día y noche por dar a esa nación la extensión y el poder del Imperio, llevan su influjo y reflujo al Departamento de Estado. De modo que si sobre los pueblos de la América hay intereses formidables conectados con el crecimiento del imperialismo, esos intereses juegan su papel en las decisiones de los políticos del Departamento. Todo no es pureza. Si el banquero quiere imponer sus procedimientos, pues da la batalla que resuelva en cualquiera de nuestros pueblos asuntos que no admiten más trato que el de los propios pueblos. Y es que la plutocracia norteamericana domina en verdad casi todas las actividades de la política. El Imperio no se formará sino es mediante una industria enorme, mediante un comercio absorbente, mediante una banca dominante. Y para conseguir cada una de esas fuerzas moldeadoras se da a la política del Departamento de Estado un carácter uniforme de tutelaje sobre la América. No contempla habitantes, sino territorios, una vasta extensión de territorios sobre los cuales hay campo para que se imponga el comercio. El Imperio tiene que salir del arte de todas esas fuerzas imponentes.

¿Es entonces natural creer en los propósitos de bien que algunos infunden a la política del Departamento de Estado? Cuando nos ata a pactos en los cuales a él toca resolver todas las cuestiones, no hace otra cosa que imponer designios de conquista. Quiere el papel de amo sobre estos pueblos, porque siente así segura la rienda del Imperio. Mientras nos vea sumisos a su mando no se enfadará ni hará ostentaciones agresivas. Ninguna política propia, es lo que el tiene escrito para nuestros pueblos. Y como habrá quienes quieran hechos y no palabras, vamos a volver a Raymond Leslie Buell, el publicista norteamericano que anda limando asperezas al trato que el Departamento de Estado nos da. Buell formuló su plan dentro del cual a su juicio debía moverse la política del Departamento. Reconoció el sentimiento de desconfianza y de protesta constante en que vi-

ven estos pueblos contra tal política. Pero no pudo separarse de los principios del imperialismo y dijo: "A fin de remover, o al menos aminorar, estos temores, propongo un acuerdo inter-americano según el cual ningún estado pueda ceder o arrendar a un estado no americano base naval o aérea, o derechos para construir un canal". Revela el encadenamiento de proposiciones y de hechos que el empeño es quitar a la América deliberación, su libertad para tratar con quien quiera. Los Estados Uni-

dos están a la cabeza y sólo a ellos deben los pueblos acatar cuando quieran tratar, cuando quieran darse el gobierno propio. ¿Cómo entonces vamos a desear los pactos, la alianza con Washington? Por esta aspiración de libertad es que deseamos que El Salvador no capitule, que sus hombres sean austeros y probos y digan al Departamento de Estado que están trabajando por las cosas de la patria con entereza y no dejarán que poderes extraños los malogren en la tarea.

Juan del Camino

Cartago, y diciembre del 31.

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los Autores y de las Casas editoras)

De F. Gladkov, el autor de *Cemento*, acaba de publicar la Editorial CENIT, de Madrid, otra novela:

La nueva tierra. Apuntes de una maestra. Traducción directa del ruso por Piedad de Salas de Lifchuz.

En la colección «Novelistas nuevos».

Una obra de Rosa Luxemburgo:

Cartas de la prisión. Primera parte: Cartas a Carlos y Luisa Kautsky. Segunda parte: Cartas a Sonia Liebknecht. Trad. del alemán por Francisco Suárez.

La edita la Editorial CENIT en la serie «Documentos vivos».

Hemos recibido de los autores:

G. Alemán Bolaños: *La locura del mar*. Sketches arbitrarios. Guatemala. C. A. 1931.

Carmen Alicia Cadilla: *Los silencios diáfanos*. Poemas. San Juan de Puerto Rico.

Con la autora: Río Piedras. Puerto Rico.

Clementina Suárez: *Los templos de fuego*. Poemas. México. 1931.

Héctor Mininni: *Poemas de los caminos*. Montevideo. 1931.

Con el autor: Julio H. y Obes, 1174. Montevideo. Uruguay.

Agutín Vera: *Como en los cuentos*. Farsa escénica en un prólogo y dos actos. San Luis Potosí, México.

Eduardo Guzmán Esponda: *Bajo el sol del Brasil*. Editorial MINERVA. Bogotá. 1931.

Manuel Tijerino: *Stembra ilusoria*. Antifonas del sueño. Sol de abril. Y otros poemas. León. Nicaragua.

Carlos Izaguirre: *Inquietud*. Tip. Nac. Tegucigalpa, Honduras. 1931.

Con el autor: 132 Ferm Place, N. W. Washington, D. C., U. S. A.

José A. Hernández: *Tren*.

Con el autor: Av. San Martín 859 Miraflores. Perú.

Juan Machado Mena: *Con la camisa al codo...* Habana, Cuba.

Editorial BOLÍVAR.

Jorge Icaza: *Teatro*. Quito. 1931.

En la «Biblioteca Ecuatoriana», de que son directores Alfonso y José Rumazo González.

De Armand Godoy nos llega:

Le poème de L'Atlantique. París. 1931.

Les petits souliers roses, de José Martí. Adaptación. París. 1931.

Con el autor: 43 Rue Raffet. París. XVIe.

Como suplemento de *Barandal*, México, 1931, nos llega un cuaderno de Salvador Novo: *Lota de loco* (Fragmentos).

Augusto C. Coello hijo, en Tegucigalpa, nos ha remitido:

Luis Andrés Zúñiga: *Fábulas*. Segunda edición. Tegucigalpa, 1931.

Augusto C. Coello: *El Digesto Constitucional de Honduras*. 1824 - 1921. Tegucigalpa. 1923.

Y saben, sin embargo, los jesuitas que un pequeño librito, ligero, suelto, ágil, como las *Provinciales*, del formidable Pascal, puede caer sobre un Instituto con más peso que una serie de ingentes mamotretos de historia exhaustiva.—*Miguel de Unamuno*.

En el libro *Mahatma Gandhi, su propia historia*, transcrita por F. C. Andrews, «Editorial Juventud», Barcelona, nos hallamos estas interesantes referencias:

Para mí hoy el *Ramayana*, de Tulasidas, es el libro más estupendo de toda la literatura religiosa.

Hoy, sin embargo, comprendo que el Bhagavat es un libro muy a propósito para despertar el fervor religioso. Lo había leído en gujarate con enorme interés. Pero cuando oí trozos de él leídos por Pandit Madan Moham Malaviya, durante mis veintinueve días de ayuno en Delhi, desee haberlo oído leer en mi niñez por un devoto como él, a fin de haber podido apreciar el libro desde mis primeros años. Las primeras impresiones son las que más arraigan;

por eso lamento tanto no haber oído la lectura de más libros de este género al comienzo de mi vida.

El libro (el *Gita*) me pareció de un valor inapreciable. Cada día han ido arraigando con más fuerza en mí estas verdades del *Gita*, hasta el punto de considerar hoy este libro como el primero en lo que al conocimiento de la Verdad se refiere. A él debo gran confortación en mis momentos de tristeza.

La impresión que me causó el Nuevo Testamento fue mucho mejor, especialmente el Sermón de la Montaña, que se infiltró en lo más hondo de mi corazón. Lo comparé al *Gita*.

Tres hombres modernos han influido notablemente en mi vida, cautivando mi espíritu y suscitando mi entusiasmo: Raychandbhai, con su palabra viva; Tolstoy, con su libro *El Reino de Dios está dentro de ti*, y Ruskin, con su *Hasta este último*.

Un amigo me recomendó *Los Héroes*, de Carlyle. Leí el capítulo sobre el *Héroe profeta*, enterándome de la grandeza, el valor y la austeridad del profeta del Islam.

El libro de Tolstoy, *El Reino de Dios está dentro de ti*, me cautivó por completo. La impresión que causó en mí fue profundísima. Delante de la independencia de pensamiento profundo, moralidad y honda sinceridad de este libro, todos cuantos me había proporcionado el Sr. Coate me parecieron perder gran parte de su valor.

También leí con sumo interés el libro de Max Müller, *India. Lo que nos puede enseñar*. Leí, además, la traducción de *Los Upanishads* (1) publicada por la Sociedad Teosófica. Todas estas lecturas aumentaron el respeto que me merecía el hinduismo, haciéndome sentir cada vez con más fuerza sus bellezas. No me predispusieron, en cambio, en contra de ninguna otra religión. Leí *La vida de Mahoma y sus secuaces* de Washington Irving, y el panegírico del profeta de Carlyle. Estos libros me hicieron estimar a Mahoma.

También estudié con detalle los libros de Tolstoy: *Epítome de los Evangelios*, *Qué hacer?* y otros que dejaron en mí una impresión indeleble. Empecé a vislumbrar más y más las infinitas posibilidades del amor universal.

O estaba entonces leyendo por segunda o tercera vez la obra de Arnold, *La luz de Asia*.

También aquellos amigos me recomendaron *La luz de Asia*, por Edwin Arnold, a quien entonces no conocía sino como traductor de *El canto celestial* (el *Gita*). Leí este libro incluso con mayor interés que el *Bhagavad Gita*. Una vez empezado no solía ce-rrarlo.

Aunque leí el *Gita* con aquellos amigos, no puedo decir que lo estudiara entonces. Solamente algunos años después fue éste, para mí, un libro de lectura diaria.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones posteriores.

Carta alusiva...

(Viene de la página primera)

siglo de habersido fundada esta corporación, cuya influencia es innegable en el progreso de la legislación, en el movimiento democrático y en el respeto de las libertades, atributos que felizmente caracterizan a nuestra patria.

El discurso del doctor Zambrana no necesita comentarios, es un resumen de las ideas del siglo XIX y un programa de acción para los hombres que se dedican a la noble profesión del derecho y al ejercicio del apostolado de la justicia. El Repertorio hace bien en recoger esa pieza en sus páginas de honor.

De Ud. afmo. amigo.

Alejandro Alvarado Quirós

INDICE



Entérese y escoja:

A. Austregesilo: <i>Consejos prácticos a los Nerviosos</i>	3.50
Romain Rolland: <i>Mahatma Gandhi</i>	4.00
Hans-Christian Andersen: <i>El cuento de mi vida</i>	3.50
Francisco Giner de los Ríos: <i>Obras completas: Principios de Derecho Natural. Pasta</i>	5.00
Francisco Giner de los Ríos: <i>Obras completas: VIII: La Persona Social I. Pasta</i> ..	5.00
José Vasconcelos: <i>Tratado de Metafísica</i> ..	8.00
Rabindranath Tagore: <i>El Jardinero</i> . Pta.	4.00
Enrique Larreta: <i>La gloria de Don Ramiro</i>	4.00
Erasmus: <i>Elogio de la Locura</i> . Pasta ..	2.50
Wilhelm Schapp: <i>La Nueva Ciencia del Derecho</i>	6.50
José Ortega y Gasset: <i>Misión de la Universidad</i>	2.25
Rafael Muñoz: <i>Vámonos con Pancho Villa!</i>	3.50
A. Forel: <i>La Cuestión Sexual</i>	9.50
León Trotsky: <i>La Revolución Permanente</i> ..	3.50
César Juarros: <i>La Sexualidad Encadenada Ejemplos. Consejos</i>	4.50
Franz Werfel: <i>Juárez y Maximiliano</i> ..	6.00

Solicítelos al Admr. del Rep. Am.

Comentario estético perpetuo

—Envío de la autora—

(Véase la entrega N.º 18 del tomo en curso)

3.—*Siempre leyendo*.—Dice el Maestro que es la lectura, talvez, la única puerta por donde entra la vida al alma del derrotado.

Despreciado por todos, rechazado en todos los hogares porque su pobreza mancilla, el pordiosero elefanciaco, de alma sutil y poderosa, cuando lee, cuando sume su espíritu de profundas aspiraciones en las linfas balsámicas de la lectura, siente que el cajón de una puerta hospitalaria se transforma, para él, en el más alto sitio de la tierra.

Si su aspecto despierta imágenes de terror en los ojos, saturados de ansias superficiales, el acento de su voz, que repite con delicadeza suma lo que la angustia de un artista dejó escrito en las páginas del libro leído, pone en el alma de quienes lo escuchan fecundas representaciones de la vida espiritual.

¿Cuántas veces el Maestro bienamado supo hacer que, en nuestro reino interior, las horribles visiones de la vida diaria, mezquina y egoísta como ella es, se transformaran en generosos paisajes de bondad y de optimismo!

Una potente luz de caridad se desprende de las páginas del libro predilecto, de

la revista que nos interesa, del diario que pretende, en un alarde sutil de fuerza, detener la vida y fijarla en sus causas y en sus efectos.

El Maestro supo leer continuamente; de las blancas hojas impresas o manuscritas dedujo sabias enseñanzas que lo llevaron a deletrear, con cariño y sabiduría, en las ingenuas almas de sus alumnos que, para él, nunca tuvieron secreto alguno.

Y fue infiltrando insensiblemente en cada uno de nosotros, sus discípulos, ese intenso y desinteresado amor hacia la lectura. No se concibe, nos decía, un maestro de escuela que no lea, que no sienta continuamente el ansia insaciable de hacer de nuevo, cada día, su propia cultura. Nada más triste que un maestro sin libros!, repetía dolorido el sabio conductor de nuestra adolescencia.

Por eso adoramos la lectura, buscamos en ella el reposo espiritual a la par que la adorable intranquilidad del alma, todos los discípulos de Omar Dengo, el Maestro de cuya obra perenne estoy tratando de hacer un comentario estético perpetuo en las acogedoras columnas de este *Repertorio*, cátedra insigne de otro noble guía de conciencias, García Monge.

O r i a n a

San José, Costa Rica. Novbre. 1931.

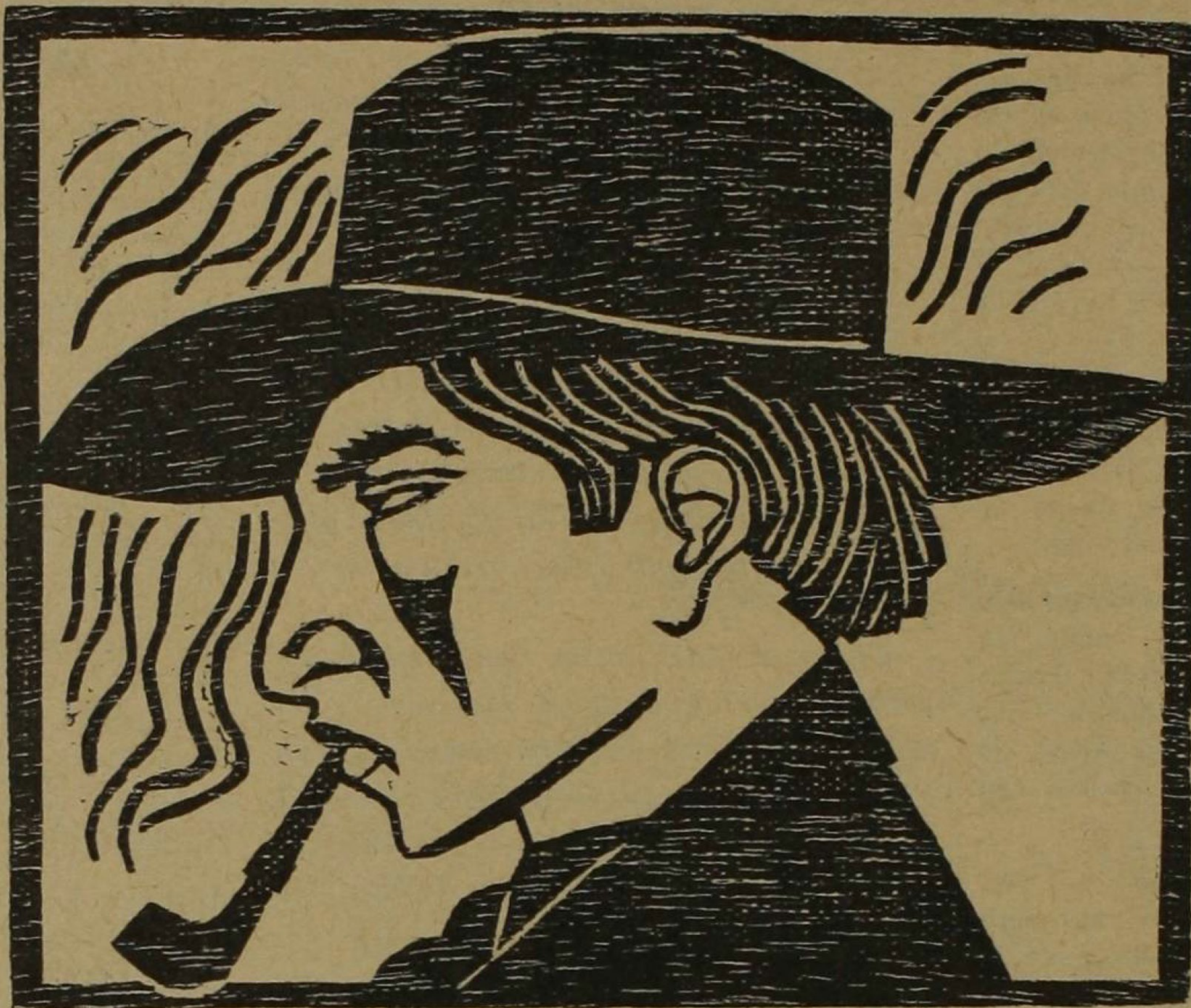
(1) Historia de la filosofía védica.

José Manuel Sánchez

— Envío del autor —

José Manuel Sánchez es un joven costarricense que trabaja en el arte de la escultura. Lo sabían muy pocos, tal vez lo saben muy pocos; apenas si el círculo que se interesa por las cosas del arte entre nosotros. Pero Sánchez tiene en una simpática casita del barrio México, y he aquí una de las extrañas coincidencias de la vida, su tallercito de escultura. Aquí, que todo es estrambótica exigencia, se quisiera que este taller fuera el de Rodin, para que Sánchez comenzara a gozar de alguna consideración. Es algo muy sencillo. Una o dos mesas toscas frente a un espacio claro para tener luz, porque el artista es el hermano de la luz. Moldes de arcilla, bocetos de madera, figuras de yeso por todas partes. Sánchez practica otras formas artísticas, pinta y escribe; pero si pudiéramos tener en él el escultor costarricense que necesitamos para traducir nuestra alma, eso nos bastaría. Él lo comprende así también y por eso se ha consagrado más fielmente a la arcilla y al yeso.

Lo más interesante en Sánchez es lo que ha indicado Amighetti, y es el sentirse lealmente vinculado a nuestra raza primitiva. Sánchez advierte que es en el alma de esta raza en donde está la fuente del arte americano y que sólo saturándose de su misterio o de su fuerza, se logrará crear un arte propio o continuar la hermosa tradición del arte antiguo. Tenemos que volver todos, sobre todo aquellos que nos sentimos hijos de nuestra selva, a saturarnos de su potencia y a iniciarnos en los misterios del sol y del agua americana. Sánchez lleva mucho ganado. Para él, el arte europeo es una escuela, pero no es todo el



José Manuel Sánchez

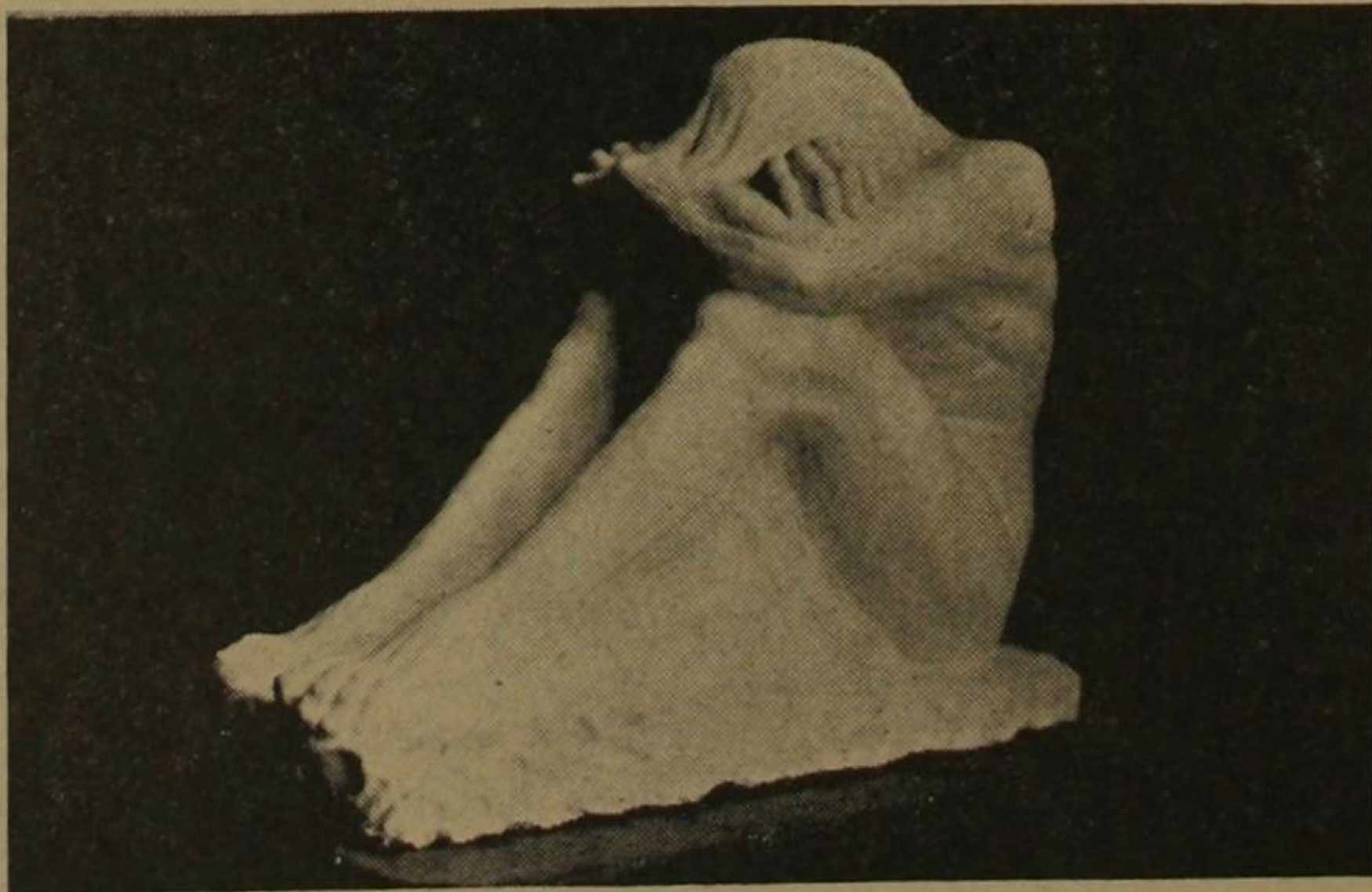
Madera de Amighetti.

arte del hombre. Podemos usar las formas europeas, pero vivificándolas con nuestro propio espíritu. ¿Qué sucederá un día? Que al cabo, se revelará el espíritu de nuestra raza y tendremos que hablar en nombre de ella. La sierpecilla que acaba de moldear Sánchez y que conocen los lectores del *Repertorio Americano*, es una revelación. Algo se despierta en él que es lo primitivo. La sierpecilla se ha despertado y está viendo el espacio iluminado con ojos curiosos. Había estado dormida por siglos y ahora se despierta. Y la serpiente es también un símbolo de vida.

Y siempre que decimos algo de uno de estos muchachos, se

Rómulo Tovar

San José, Costa Rica. Dicbre., 1931.



Dolor

Yeso de José Ml. Sánchez

nos viene a la lengua la palabra humildad. ¿Para qué eso? Afortunadamente ya va aprendiendo algo: ya no es humilde sino afirmativo. Cuando la primera exposición en que obtuvo una medalla de oro, hubo casi que llevar sus trabajos. Ahora él ha llevado su pequeña obra *El Dolor*. *El Dolor* es una obra de tipo moderno, pero el motivo es inmenso. Es el dolor del indio americano. Debe pensarse en que este hombre lo ha perdido todo, a la esposa, y al hijo, su rancho y su siembra de maíz y de cacao,

su escudo y su flecha y finalmente su libertad. Si fuéramos comprensivos yuviéramos fe en nuestros hombres, daríamos lugar a Sánchez para que reproduzca este indio en granito o en mármol o en bronce. Este indio que sufre no es el indio abyecto que renuncia a la vida. Véanse los tendones robustos, véase la fuerte espalda, los brazos fornidos. El dolor no ha agotado las fuentes de la vitalidad y del orgullo. En este sufrimiento hay la noble esperanza de una redención. Un día Sánchez completará su pensamiento y no podrá menos que crear la estatua del indio, siempre desnudo y robusto, con su arco temblando en su mano formidable y viendo hacia la llanura inundada de sol.

En lo que es humilde Sánchez es en el humano vivir. Todas las mañanas a pié o en tranvía va hacia oriente, a trabajar en el taller del maestro Zúñiga, y de este poquito trabajo saca su poquito pan. Muy delgado, muy quemado por el sol, muy oscuro su traje, pero muy grande con todo un continente de esperanzas cuajado en su varonil alma creadora.

Así debieron ser los grandes escultores de Chichen-Itza.

Una carta interesante de Mario Sancho

No hay razón para despreciar la cultura colonial española en América

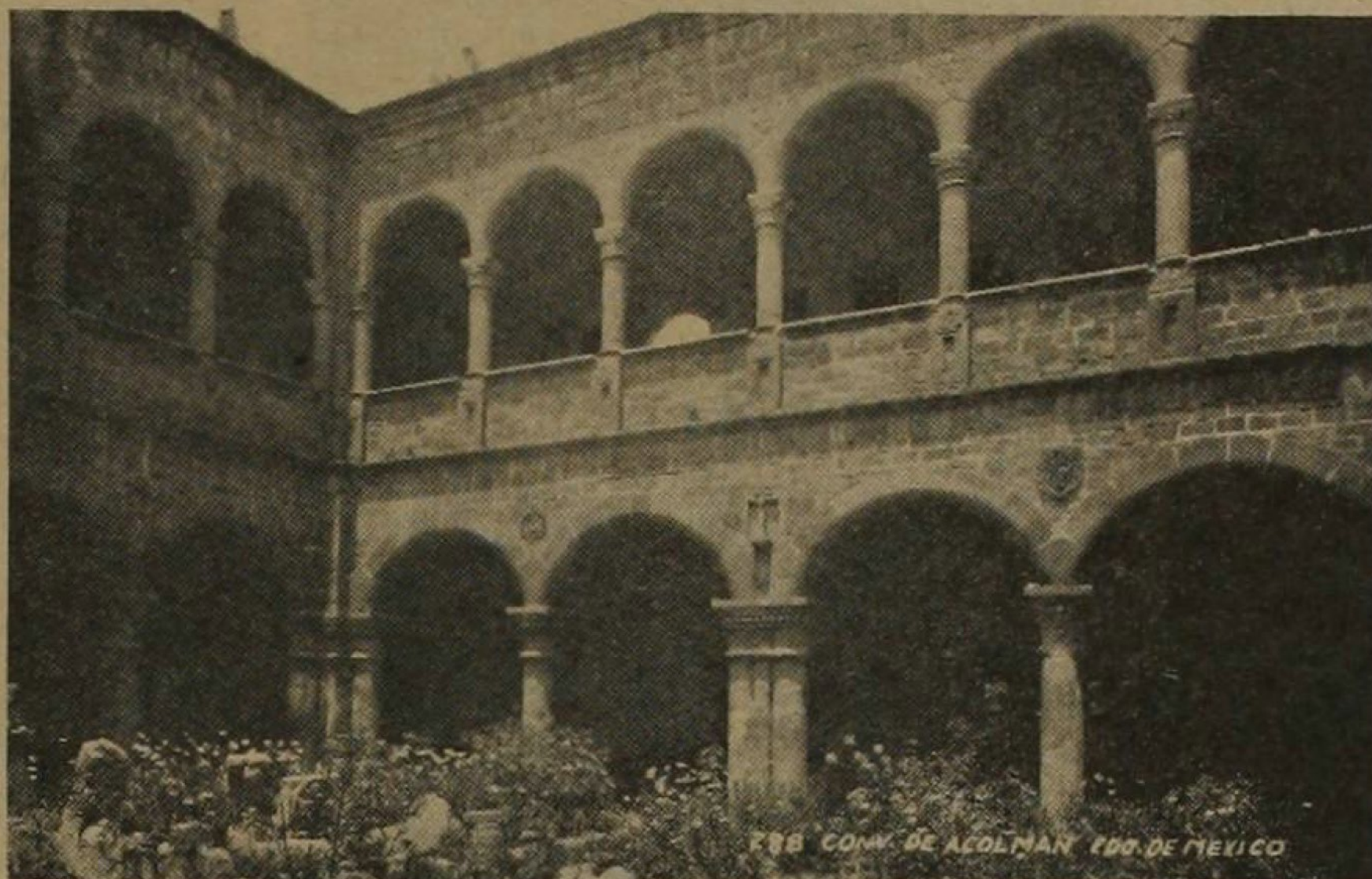
México, 25 de Nov. de 1931.

—Envío del autor—

Señor don J. García Monge,
San José.

Querido García Monge:
...Por los interesantes reportajes que le hacen a menudo en el *Diario de Costa Rica* veo que está usted lleno de humor y de entusiasmo. Mucho me gusta leerlo y saber de sus proyectos que ojalá se le cuajen. Los periódicos y algún libro muy de cuando en cuando constituyen mi único contacto con las cosas de allí. Ultimamente he leído con gusto la *Rosalía* de Vincenzi, divertido y a ratos admirado de que nuestro filósofo se haya metido a espigar en la literatura picaresca y a hacer alarde ingenioso de sus habilidades de escritor arcaizante. También he leído en estos días el *Epinicio* de Jinesta sobre *Juan Santamaría*, que me gustó. Está bien escrito y bien inspirado en el amor de la patria, la grande de todos, y la chica de él: Alajuela. Hay, sin embargo, una cosa en ese folleto que me mueve, como se dice en inglés, *to take exception*. "La Colonia rindió flacos frutos de arte", dice Jinesta, "y éste pasará a lo venidero, en sumarios sin garbo ni sensibilidad."

Tal afirmación, refiriéndose a Costa Rica, donde los españoles nos dejaron bien poco, casi nada en materia de arte, puede pasar, pero generalizarla, como hace Jinesta, a toda América, es un error que entraña además una injusticia, pues si hay algo que nadie, ni siquiera los historiadores más dominados de prejuicios, se atreve a poner en duda es la riqueza del patrimonio artístico que España legó al Nuevo Mundo. Otras cosas admiten discusión. Así, algunos desaprueban sus métodos de conquista; otros hallan falta en sus leyes de India que, sin embargo, Romey considera "el código más sabio, humano e insigne que se vió jamás en el orbe"; y hasta puede darse el caso, ya cada vez más raro, de que se hable todavía, tratándose de la obra cultural de España en América, de oscurantismo y chamusquinas inquisitoriales, y no de los sacrificios realizados en pro de la civilización por aquellos abnegados frailes que recorrían los países recién descubiertos a pie y en medio de grandes privaciones y peligros para educar y ayudar al indio; los primeros en aprender los idiomas aborígenes y en escribir gramáticas o Artes, como entonces se decía, de cada uno de ellos; los primeros en fundar escuelas, como la que aquí fundó en 1526 aquel admirable Pedro de Gante, que prefirió el apostolado humilde a las prerrogativas de la riqueza y de su sangre real! Pero todo el mundo está de acuerdo en hacer honor a España por las bellezas de arte que nos de-



jara en palacios, iglesias, pinturas, tallas de piedra y de madera, trabajos en hierro, en plata y oro.

Si Jinesta se diera la vuelta por México sería cosa fácil convencerle y hacerlo renegar de lo que dice. Un vistazo a la Catedral, otro a esa maravilla barroca del Sagrario y una visita a la antigua casa de los Condes de Santiago, entre las muchas mansiones señoriales de aquí, bastarían a mi intento. Pero con Jinesta, que es muchacho inteligente y de fina sensibilidad, yo no necesitaría echar mano de estas piezas gruesas de artillería. Preferiría llevarlo a Churubusco para que viera lo que es un convento hermoso que, de estar habitado, daría ganas al más mundano de meterse a fraile; o a San Angel, con sus cúpulas ra-

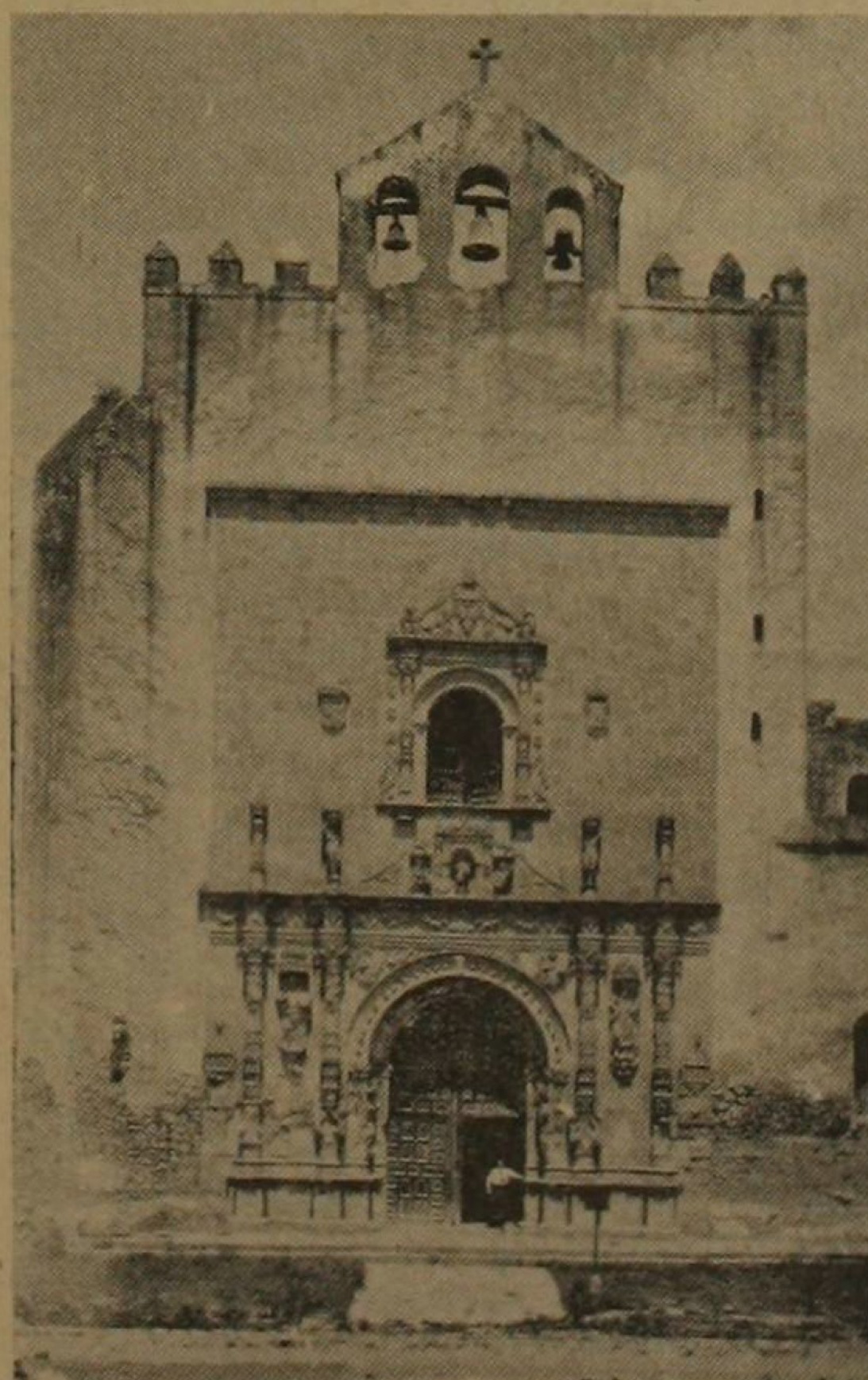
diantes de azulejos; o a Tepozotlán, para que admirara el más estupendo delirio de arte barroco; o a San Agustín Acolman para que quedase encantado de por vida con la sencillez y la elegancia de esa joya del Renacimiento, — en que hasta el último detalle sirve a la sólida y al mismo tiempo graciosa perfección del conjunto, en que todo es orgánico y nada sobra—, joya única, perdida en la soledad de los campos vecinos a la laguna de Texcoco, cuyo suelo iba tragándosela poco a poco, y hubiera acabado por tragársela del todo sino hubiera sido porque Vas-

conselos la *descubrió*, tanto en sentido espiritual como material, pues me dicen que cuando el Gobierno resolvió declararla monumento nacional, estaba su pavimento bajo dos pies de agua y lodo. Pocas cosas dan una impresión más profunda de abandono, y de abandono inmerecido, como está que yo suelo llamar la Princesa del Bosque Durmiente. Recuerdo que la tarde que fui a conocerla me estuve hasta que se hizo noche contemplándola en amoroso silencio. Sólo en Venecia, en Segovia y en Toledo he sentido una sensación igual. Me sentía como hechizado por aquella bellísima obra de los frailes agustinos, caída en el olvido luego, pero conservando en su desamparo la suave resignación y la serenidad armoniosa de las grandes almas.

Este mi tan amado San Agustín Acolman ilustra bien el desvío en que hasta aquí hemos vivido de nuestros tesoros heredados de España, no sólo de los labrados en piedra, hierro, madera u oro, o de los pintados en tablas y lienzos, sino de los otros, los fabricados a fuerza de estudio, de empeño, de sabiduría y de paciencia.

No es de extrañar, pues, que allí se llamen flacos los frutos de arte de la Colonia, si aun en país más favorecido de ellos que el nuestro ha privado a veces la incuria incomprensible y el desamor injustificado de estas cosas, siendo necesario que vinieran los extraños, los americanos *materia-listas* que, sin embargo, guardan como oro en paño las tradiciones y los pocos monumentos que les quedan de sus Misiones de California, a revelárnoslas después de haberlas estudiado en sus espléndidas bibliotecas, que antes fueron nuestras, pero que nosotros, *los idealistas*, les vendimos. Y así, por obra de otra raza, se han dado a conocer muchas hazañas y grandezas de la nuestra.

En México, afortunadamente, el interés de la historia y el gusto de lo colonial cobran cada vez más popularidad y van dejando de ser lo que antes, esto es, un feudo de los Ramírez, los García Icazbalceta,

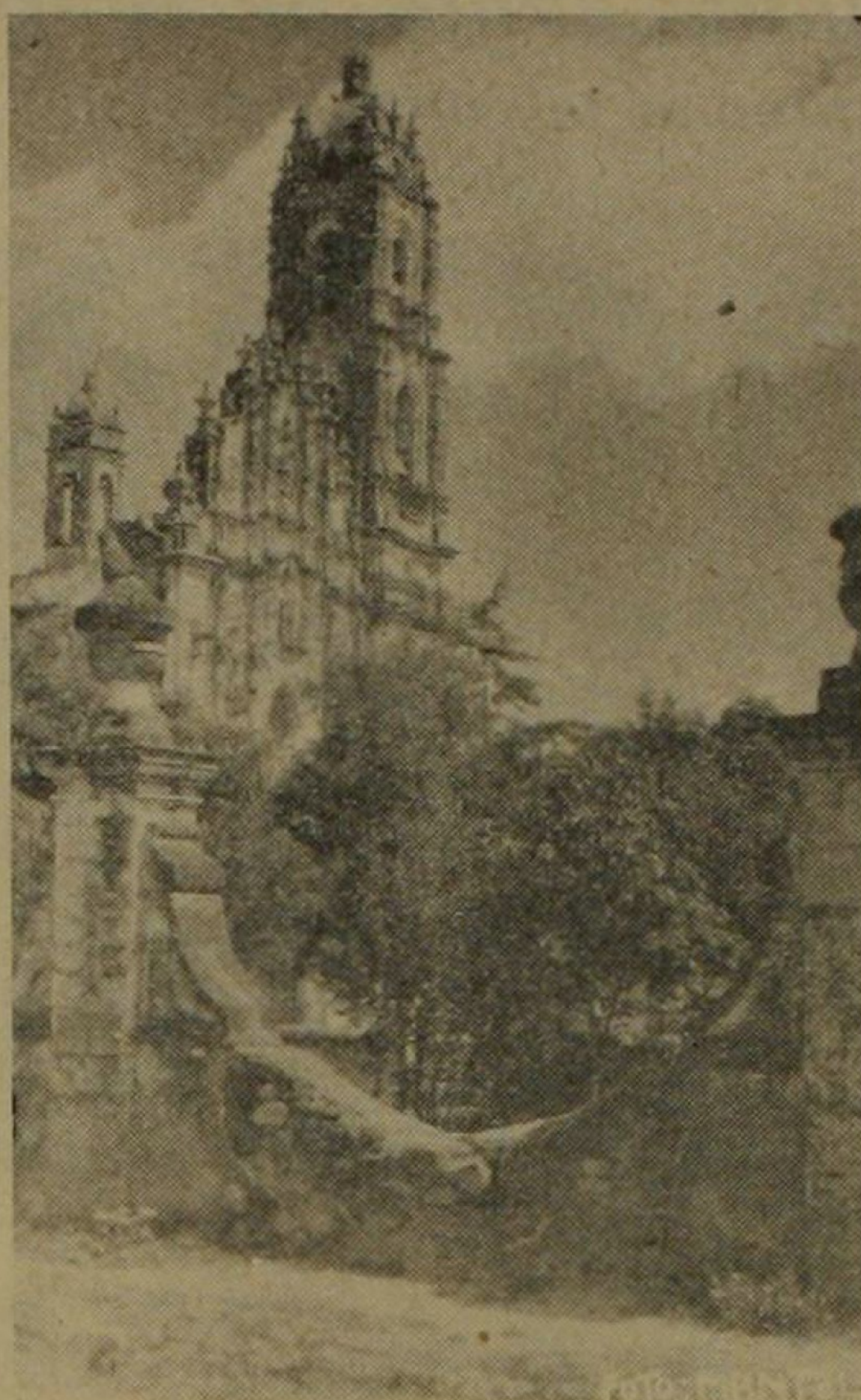


Ex-Convento de San Agustín Acolman, E. de Méx.
Fachada de la iglesia, después del desazolve.

y demás investigadores ilustres. No podía ser de otra suerte en el país que tiene a su haber en lo antiguo tanto historiador, tanto cronista, tanto sabio notable y tanto prelado insigne; el país de que escribió el franciscano Sahagún y el jesuita Clavijero tanta noticia curiosa, y Cervantes de Salazar sus Diálogos, y el imaginativo Gómara su Historia legendaria, y el verídico Bernal la verdadera; la tierra cristianizada por los doce primeros padres franciscanos y gobernada luego en lo espiritual por esos grandes pastores que se llaman don Juan de Zumárraga, el gran don Vasco de Quiroga, y el no menos grande don Alonso de la Vera Cruz, fundador del Colegio de San Pablo, donde organizó la primera biblioteca que hubo en el Continente. Qué vasta tradición de cultura ésta, y cómo es posible que sigamos desestimándola de pura pereza, y soportando que los extranjeros nos la den a conocer, o lo que es peor, nos la calumnien, como ha hecho últimamente Stuart Chase en su libro *México, A Study of Two Americas*, donde cuantas veces nombra a Zumárraga es para restregarle la destrucción de las antigüedades mexicanas, nunca para decir que fue él quien introdujo la imprenta en América, ni para hablar de sus otros insignes servicios a la civilización, y donde no falta, naturalmente, ninguna de las tonterías que se han dicho en mal de la iglesia y del régimen español. Sirva ésta de muestra: "Hacienda, mine and Church drained México off her wealth and gave little in the way of tangible service in return".

Pase lo primero, aunque claro es que sería mejor que Stuart Chase se viese la viga del latifundismo yankee en el ojo (digamos en Cuba, para ser más precisos) antes de ver la paja de la Hacienda Colonial en el de España, que al menos tenía más razones para justificarse; y pase también lo de la minería, aunque, aún reconociendo que, como todas las industrias del mundo, no se practicaba entonces, ni ahora se practica que yo sepa, con propósitos altruísticos, cualquiera que se haya dado cuenta de la existencia de instituciones como el Monte Pío, fundado gracias a la munificencia de un minero, el Conde de Regla, o de la Escuela de Minería, creada también con dinero de minas e ilustrada por sabios del calibre de Elhuyar y de don Andrés del Río, qué digo, cualquiera que se haya dado la vuelta por esta ciudad y visto las hermosas residencias de los mineros de antaño que la embellecen, tendrá derecho a preguntar a Mr Chase, qué cosa han dado a México, a guisa de servicio tangible, los magnates petroleros de ahora en cambio de sus ganancias. Pero lo de negar la influencia civilizadora de la iglesia en estas tierras, sólo a un protestante fanático de Nueva Inglaterra se le puede ocurrir.

Sin embargo, ¿a qué culpar el extraño porque desestime la obra de España, si entre nosotros mismos surgen voces para



Templo de Topozotlán, cerca de la ciudad de México.

corear esas y otras calumnias? Allí está Blanco Fombona, autor de un libro *El Conquistador español del Siglo XVI*, cuya traducción al inglés me dijo Isaac Goldberg, antes de venirme de Boston, que estaba haciendo. Pues bien, ese libro no le va en zaga al de Stuart Chase a calumnioso, superficial y apasionado. Léase si no lo que dice sobre los primeros españoles que vinieron a América.

“Los españoles presencian los primeros las maravillas del Nuevo Mundo, sin atribuirles importancia: ellos son superiores a todas las maravillas. Se comprende tal actitud: a quienes espera Dios con los brazos abiertos; a quienes la gloria y sus encantos van a servir de eterno regocijo, ¿qué podrían interesar razas, civilizaciones, climas, faunas distintas de las ya conocidas, cualesquiera pequeñeces de nuestro pobre planeta? Sin embargo, les interesó el oro. Por lo demás, en vez de observar las nuevas tierras, las nuevas razas; las nuevas civilizaciones que en México, Perú y Nueva Granada tenían ante los ojos, crearon leyendas. La curiosidad científica no es española. España descubrió el Nuevo Mundo y fue, entre los pueblos de Europa, uno de los que menos se conmovió con el descubrimiento. A ella le bastaba con haber cumplido, sin darle mayor importancia, la solita empresa. Los europeos de entonces querían conocer las cosas de los indios, informarse del Nuevo Mundo, recién abierto a la inquisitiva mirada de Europa. En vano encargaban libros a España: no los había. Micer Andrés Navajero, el embajador de Venecia, escribe desde Toledo, el 12 de septiembre de 1525, al gentilhomme veneciano Juan Bautista Ramusio y le dice:

“Aquí no se encuentra impreso nada sobre las cosas de las Indias; pero con el

tiempo os enviaré tanto que os harte, pues tengo medio de enterarme de todo, así por Micer Pedro Mártir, que es mi gran amigo, como por el presidente del consejo de las Indias y por otros consejos. He visto en poder del presidente un pájaro, la cosa más bella del mundo, venido de aquellas tierras, ya muerto, pero maravilloso de ver... Todos los días se ven objetos nuevos. Asimismo os escribiré acerca de lo que me preguntáis de Panamá; pero ahora no lo hago, aunque no dejaré de escribir diariamente sobre esta materia lo que se vaya entendiendo.”

Veamos qué hay de verdad en esta inculpación de Blanco Fombona. Lo primero: veamos cuáles son esas cosas que Micer Andrés Navajero prometía mandar a Juan Bautista Ramusio para hartarle la curiosidad a este gentilhomme veneciano de las cosas de América. Ramusio mismo se cuidó de coleccionarlas en su famosa Colección de tres volúmenes en folio impresa en Venecia. La colección es rarísima, pero persona que la ha visto la describe así: “El primer tomo se publicó por primera vez en 1850. Comprende relaciones de viajes antiguos, y de otros recientes a las Indias Orientales; con más, dos relaciones de Américo Vespucio, y otras dos del viaje de Magallanes. El segundo tomo no salió a la luz hasta 1559 muerto ya Ramusio, y después de publicado el tomo tercero. La causa del retardo fue, como explica el impresor Tomás de Giunta, el haberse acopiado antes los materiales para el tomo tercero, cuya publicación no quiso detener. Y aún quedó al fin sin concluir el segundo, pues para darle igual grueso que a los otros, fue preciso que el impresor añadiese algunos viajes. Todos los de este tomo se refieren al Oriente y Norte, y entre ellos están los de Marco Polo. Hay reimpressiones de 1574, 1583 y 1606. El tomo tercero está exclusivamente destinado a la América. La primera edición es de 1556 y se volvió a imprimir en 1565 y 1606. He aquí la lista de las piezas que contiene la edición de 1556:

Discurso (de Ramusio) sobre el tercer tomo.

Sumario de la historia de las Indias Occidentales, sacado de las obras de Pedro Mártir de Anglería.

Sumario de la Natural y General Historia de las Indias, compuesto por Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés.

La General y Natural Historia de las Indias, por el mismo; en 20 libros. Hernando Cortés. Segunda, Tercera, y Cuarta Relación de la Nueva España.

Pedro de Alvarado. Dos Cartas a Hernando Cortés.

Diego de Godoy; carta a Hernando Cortés.

Relación de un gentilhuomo de Cortés. (El Conquistador Anónimo).

Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Relación de lo sucedido a la armada de Pánfilo Narváez. (1527-36).

Discurso (de Ramusio) sobre la relación de Francisco de Ulloa.

Relación de la armada de Cortés, en que iba por capitán Francisco de Ulloa.

Discurso (de Ramusio) sobre los tres viajes que siguen.

Sumario de cartas de Francisco Vázquez Coronado, escritas en Culiacán a 8 de marzo de 1439.

Carta del Virrey Don Antonio de Mendoza al Emperador.

Relación del R. P. Fray Marcos de Niza.

Relación del viaje de Francisco Vázquez de Coronado.

Relación de los descubrimientos que hizo por mar el capitán Hernando de Alarcón, por orden del virrey Don Antonio de Mendoza.

Discurso (de Ramusio) sobre el descubrimiento y conquista del Perú.

Relación de la conquista del Perú por un capital español.

Relación de la misma conquista, por Don Francisco de Xeréz.

Relación de la misma conquista por Pedro Sancho.

La navegación del grandísimo río Marañón, por José Fernández de Oviedo.

Discurso (de Ramusio) sobre la Nueva Francia.

Relación de Juan de Vezarrano, florentino, escrita en Dieppe, a 8 de julio de 1524.

Discurso de un gran capitán de mar, residente en Dieppe, sobre las navegaciones hechas a la Nueva Francia.

Primera y Segunda relación de Jaime Cartier, de la tierra nueva llamada la Nueva Francia, descubierta el año de 1534".

Como puede verse, casi todas estas piezas pertenecen a autores españoles, a conquistadores de la primera hora, que Blanco Fombona no cree capaces de curiosidad científica.

Libros sí se escribieron, lo que hay es que no se publicaban en España por falta de medios, o quizá por dejadez de los hombres que podían mandar a imprimirlos. En 1533 el Padre Olmos, con ayuda de las pinturas y de las relaciones indígenas, hizo uno que enviado a la Península se perdió. En 1536 comenzó Motolinia, guardián entonces del Convento de Tlaxcala, a escribir su historia de los Indios de Nueva España, que contiene tanta noticia interesante sobre la religión y las costumbres de los aztecas, sobre el modo como fueron convertidos al cristianismo, sobre sus nociones de Astronomía y los productos de su agricultura, pero tanto esta obra como la Historia Eclesiástica Indiana del Padre Mendieta vinieron a ver la luz hasta mucho después, cuando el celo del sabio Don Joaquín García Icazbalceta las redimió de la inedición. En el siglo XVI es verdad que se publicaron pocos libros, al menos no se pu-

blicaban todos los que se escribían acerca de estos países, pero de esto no debe inferirse que faltara al espíritu español el interés y la curiosidad que les niega Blanco Fombona. En cambio, el XVI es abundantísimo especialmente en Crónicas de las varias provincias religiosas que nos ofrecen curiosos relatos y descripciones pintorescas de la naturaleza y de las costumbres de los aborígenes. Yo acabo de leer una, la del augustino Fray Diego Basalenque que recuerda por su ingenuidad y fervor evangélico las Florecillas del de Asís.

Y para que no se vaya a pensar que la preocupación estudiosa era en aquellos tiempos cosa primitiva de frailes, recué-

dese que Felipe II mandó aquí a su médico a estudiar la flora del país y que fue en México donde se publicaron los primeros libros de Medicina impresos en América.

No hay, pues, razón para menospreciar la cultura colonial que nos ha dado, a más de historiadores, poetas del tamaño de un Landívar, cuyo Centenario se ha celebrado en estos días. Recordemos, por el contrario, que esa cultura fue la escuela de donde salieron nuestros libertadores y hombres como Don Andrés Bello, difíciles de superar en estos tiempos.

Un apretón de manos muy cordial de su afectísimo amigo,

Mario Sancho

Despedida de Washington al pueblo de los Estados Unidos

=De El Monitor de la Educación Común, Buenos Aires.=

y 2. Véase la entrega N.º 20 del tomo en curso.)

Es igualmente importante que el hábito de pensar inspire, en un país libre, a los encargados de la administración, la cautela de contenerse en los límites respectivos que les prefija la constitución, evitando en el ejercicio de los poderes que un departamento usurpe las funciones de otro. Este espíritu de usurpación dispone a reconcentrar los poderes de todos en uno solo, y forma un verdadero despotismo, sea cual fuese la forma de gobierno. Para convencernos de la verdad de esta proposición, basta hacer una justa evaluación del amor, del poder y de la disposición que tiene el corazón humano para abusar de él. Está demostrado por la experiencia, tanto de los tiempos pasados como en los nuestros y aun en nuestro mismo país y a nuestra propia vista, la necesidad de sujetar recíprocamente el ejercicio del poder político, dividirlo y distribuirlo en diferentes depositarios, y que cada uno constituya el protector del bien público contra las invasiones de los demás. Luego es tan importante su conservación como su institución. Si en el concepto del pueblo se encuentra viciosa la distribución o modificación de los poderes constitucionales, dejad que se corrija por el modo que la constitución designa. Jamás debe hacerse una mutación por medio de la usurpación; pues aunque en algunos casos puede ser el instrumento del bien, es indudable que ella es el arma con que se suele destruir a los gobiernos. Siempre prepondera el mal permanente que produce su ejemplo, sobre cualquiera beneficio parcial o pasajero, que resultase de su uso.

La religión y la moral son apoyos indispensables de todas las disposiciones y hábitos que conducen a la prosperidad pública. En vano reclamaría el título de patriota el que intentase derribar estas grandes columnas de la felicidad humana, estos apoyos firmísimos del deber del hom-

bre y del ciudadano. Tanto el mero político como el devoto debe respetarlos y amarlos. No bastaría un tomo entero para indicar todas las conexiones que tienen con la felicidad pública y privada. Preguntaré únicamente ¿dónde se encontraría la seguridad de los bienes, de la reputación y de la vida, si no se creyese que eran una obligación religiosa los juramentos que en los tribunales de justicia son los instrumentos para investigar la verdad? Debíamos lisonjearnos con cautela de la suposición, de que la moralidad puede sostenerse sin la religión. Por mucho que se conceda al influjo de una educación refinada en los espíritus de un temple peculiar, la razón y la experiencia nos prohíben esperar que la moralidad nacional pueda existir excluyendo los principios de religión.

Es una verdad, que la virtud o moralidad es un resorte necesario del gobierno popular. Esta regla se extiende ciertamente con más o menos fuerza a toda clase de gobierno libre. Siendo amigo verdadero de éste, ¿se le ocurriría que se hagan para minar las bases de su establecimiento?

Promoved, pues, como un objeto de la mayor importancia las instituciones para que se difundan los conocimientos. Es esencial que la opinión pública se ilustre en proporción de la fuerza que adquiere por la forma del gobierno.

Sostened el crédito público como manantial importante de la fuerza y de la seguridad. Uno de los medios para conservarlo es hacer uso de él con la mayor parsimonia posible, cultivando la paz para evitar las ocasiones de gastos sin olvidar al mismo tiempo, que los desembolsos hechos oportunamente, para esperar el peligro, ahorrarán muchas veces otros mayores para repelelo; evitando también que se acumulen deudas, no sólo huyendo de las ocasiones de gastar, sino haciendo esfuerzos vigo-

rosos en tiempo de paz para pagar las deudas que hayan ocasionado las guerras inevitables, y no cargar a la posteridad, de un modo poco generoso, con un peso que nosotros debemos soportar. La ejecución de estas máximas corresponde a vuestros representantes; pero debe cooperar a ella la opinión pública. Para que puedan estos cumplir con sus obligaciones con más facilidad, es indispensable que tengáis presente siempre, que para pagar deudas se necesitan rentas, que para tener éstas son necesarios impuestos; que no hay impuesto que no sea más o menos incómodo o desagradable; que la dificultad intrínseca que acompaña la elección de los objetos que se han de gravar (elección siempre difícil), debe servir de un motivo decisivo para juzgar con prudencia de las intenciones del gobierno que la hace, e igualmente para reposar en ella y soportar los medios que las necesidades públicas pueden exigir en cualquier tiempo, a fin de obtener rentas para atenderlas.

Observar con todas las naciones buena fe y justicia, cultivar la paz y la armonía con todas, es la conducta que ordenan la religión y la moral, ¿y sería posible, que no la ordenase igualmente la buena política? Será digno de una nación libre e ilustrada, y que no está muy distante de la época en que será grande, dar al género humano el ejemplo magnánimo y demasiado nuevo, de un pueblo constantemente guiado por la justicia y benevolencia más elevada. ¿Quién puede dudar que, con el curso del tiempo y las cosas, no compensasen los frutos de un plan semejante los perjuicios pasajeros que resultasen de su adopción? ¿Será posible que la providencia no haya vinculado la felicidad permanente de una nación a su virtud? Los sentimientos que ennoblecen la naturaleza humana, aconsejan al menos, que haga la experiencia. ¡Ah! ¿La harán tal vez nuestros vicios impracticable?

Nada sería tan esencial para la ejecución de semejante plan como cultivar unos sentimientos justos y amigables hacia todas las naciones excluyendo las antipatías inveteradas y permanentes contra unas, y las pasiones ciegas en favor de otras. La nación que quiere o que aborrece habitualmente a otra, es en algún modo esclava. Es esclava de su odio o de su afecto, y basta cualquiera de ellos, para desviarla de su obligación, de su interés. La antipatía entre dos naciones las dispone con mayor facilidad a insultar y agraviar, a ofender por causas de poca entidad, y a ser altivas e intratables, cuando sobreviene algún motivo accidental y frívolo de disputa. De aquí resultan choques frecuentes y guerras obstinadas, envenenadas y sangrientas. Una nación dominada por el odio o resentimiento, obliga a las veces al gobierno a entrar en una guerra opuesta a los mejores cálculos de la política. El gobierno participa unas veces de esta propensión nacional, y adopta por la pasión lo que la razón repugnaría; otras veces instigado por el

orgullo, la ambición u otros motivos siniestros y perniciosos hace servir la animosidad nacional a los proyectos hostiles. Por esta causa muchas veces la paz de las naciones se ha sacrificado, y acaso también, en algunas ocasiones su libertad.

La pasión excesiva de una nación a otra produce una variedad de males. El afecto a la nación favorita facilita la ilusión de un interés común imaginario donde verdaderamente no existe, e infunde en la una las enemistades de la otra y la hace entrar en sus guerras sin justicia ni motivo. Impete también, a conceder a la nación favorita privilegios que se niegan a otras, lo cual es capaz de perjudicar de dos modos a la nación, que hace las concesiones; a saber, desprendiéndose sin necesidad de lo que debe conservar y excitando celos, mala voluntad y disposición de vengarse en aquellas a quienes rehusa este privilegio. Da también a los ciudadanos ambiciosos, corrompidos o engañados (que se ponen a la devoción de la nación favorita), la facilidad de entregar o sacrificar los intereses de su patria sin odio y aun algunas veces con popularidad, dorando una condescendencia baja o ridícula de ambición, corrupción o infatuación con las apariencias de un sentimiento virtuoso de obligación, de un respeto recomendable a la opinión pública o un celo laudable por el bien general.

Tales pasiones son temibles particularmente al patriota ilustrado e independiente, que ve en ellas innumerables entradas al influjo extranjero. ¿Cuántos medios no proporcionan para mezclarse entre las facciones domésticas, para ejercitar las artes de la seducción, para desviar la opinión pública y para influir y dominar los consejos!

Un afecto de esta clase de una nación pequeña, o débil, a otra grande y poderosa irremediabilmente la constituye su satélite.

Conciudadanos míos: suplicoos que me creáis: la vigilancia de una nación libre debe estar siempre despierta contra las artes insidiosas del influjo extranjero, pues la historia y la experiencia prueban que éste es uno de los enemigos más mortales del gobierno republicano. Mas esta vigilancia debe ser imparcial para que sea útil, pues de otro modo viene a ser el instrumento de aquel mismo influjo que intenta evitar. El afecto excesivo a una nación, así como el odio excesivo contra otra, no dejan ver el peligro sino por un lado a los que predominan, y sirven de capa y aún ayudan a las artes del influjo de una u otra. Los verdaderos patriotas que resisten las intrigas de la nación favorita, están expuestos a hacerse sospechosos y odiosos, mientras sus instrumentos y aquellos a quienes alucinan, usurpan el aplauso y confianza del pueblo cuando venden sus intereses.

La gran regla de nuestra conducta respecto a las naciones extranjeras, debe reducirse a tener con ellas la menor conexión

política que sea posible, mientras extendemos nuestras relaciones mercantiles. Que los tratos, que hemos hecho hasta ahora, se cumplan con la buena fe más perfecta. Aquí debemos parar.

La Europa tiene un número de intereses primarios, que no tienen relación alguna con nosotros, o si la tienen es muy remota. De aquí resulta, que debe hallarse envuelta en disputas frecuentes, que son esencialmente ajenas a nuestros negocios. Sería, por consiguiente, una imprudencia que nos implicásemos, sin tener un interés, en las vicisitudes comunes de su política, o en las combinaciones y choques de sus amistades o enemistades.

Nuestra localidad nos convida y pone en estado de tomar un rumbo diferente. No está distante la época en que podamos vengar los ataques anteriores, si permanecemos bajo un gobierno activo en que podamos tomar una actitud que haga respetar escrupolosamente la neutralidad a que nos hubiésemos determinado; en que las potencias beligerantes, imposibilitadas de hacer conquistas sobre nosotros, no se arriesgarán con ligereza a provocarnos; en que podamos elegir la guerra o la paz, según lo aconsejare nuestro interés dirigido por la justicia.

¿Por qué hemos de perder las ventajas que nos da nuestra peculiar situación en el globo? ¿Por qué hemos de abandonar nuestra posición, para permanecer en un terreno extranjero? ¿Por qué hemos de enredar nuestra paz y prosperidad en las redes de la ambición, de la rivalidad, del interés y del capricho europeo, entrelazando nuestros destinos con los de cualquiera parte de Europa? Nuestra verdadera política es huir de tener alianzas permanentes con cualesquiera parte del mundo extranjero; en cuanto, según entiendo, nos es libre el hacerlo actualmente, sin que se crea por esto que yo sea capaz de patrocinar la infidelidad a los tratados existentes. Para mi concepto, la máxima, de que rectitud es la mejor política, es tan aplicable a los negocios públicos como a los privados. Repito por tanto, que se deben cumplir los tratados en su verdadero sentido. Pero en mi concepto no es necesario, y sería poco prudente el extenderlos. Si tenemos siempre el cuidado de mantenernos en una actitud respetable para nuestra defensa, con establecimientos adecuados a ella, podremos descansar con seguridad en alianzas momentáneas para cualquier apuro extraordinario.

La política, la humanidad y el interés recomiendan la armonía y comunicación liberal con todas las naciones. Pero también nuestra política mercantil debe apoyarse en la igualdad e imparcialidad, sin solicitar, ni conceder gracias exclusivas ni preferencias; consultando el orden natural de las cosas; difundiendo y diversificando por medios suaves los manantiales del comercio, sin forzar cosa alguna; estableciendo para dar al comercio una dirección

estable, definir los derechos de nuestros comerciantes y proporcionar al gobierno los medios de sostenerlos, reglas convencionales de comunicación, las mejores que permitan las actuales circunstancias y la opinión mutua, pero momentánea, y susceptibles de variarse y abandonarse según lo exigiesen las circunstancias; teniendo siempre presente, que es locura que una nación espere de otra favores desinteresados; que lo que acepte bajo este concepto será preciso que lo pague con una parte de su independencia; que admitiéndolos se ponen en precisión de corresponder con valores reales por favores nominales, y aun a que se les trate de ingratos porque no dan más. No puede haber error mayor, que esperar o contar con favores verdaderos de nación a nación. Es una ilusión, que la experiencia debe curar, que un justo orgullo debe arrojar.

Cuando os ofrezco, paisanos míos, estos consejos de un viejo y apasionado amigo, no me atrevo a esperar que hagan una impresión tan duradera como quisiera, ni que contengan el curso común de las pasiones o impidan que nuestra nación experimente el destino que han tenido hasta aquí las demás naciones; pero sí, puedo solamente lisonjearme que produzcan alguna utilidad parcial, algún bien momentáneo, que alguna vez contribuyan a moderar la furia del espíritu de partido, a cautelarnos contra los males de la intriga extranjera y preservarnos de las imposturas del patriotismo fingido; esta esperanza recompensará suficientemente mi anhelo por vuestra felicidad, único móvil que me ha estimulado a dictarlos.

Los archivos públicos y otras pruebas de mi conducta os manifestarán y a todo el mundo, hasta qué punto me han guiado los principios que acabo de delinear en el desempeño de mis obligaciones oficiales. Por lo que a mí toca, mi conciencia me asegura que por lo menos he creído haberme dirigido por ellos.

Con respecto a la guerra, que todavía subsiste en Europa, mi proclama de 22 de abril de 1793, es el índice de mi plan. El espíritu de esta medida sancionada por vuestra aprobación y por la de vuestros representantes en ambas salas del congreso continuamente me ha gobernado, sin que haya influido cosa alguna para obligarme a persuadirme a abandonarlo.

Después de un maduro examen auxiliado de los mejores conocimientos que pude adquirir, me persuadí de que en todas las circunstancias del caso, nuestro país tenía derecho y estaba precisado por la obligación y el interés a tomar una posición neutral. Habiéndola tomado resolví mantenerla con moderación, constancia y firmeza.

No hay necesidad de exponer por menor aquí las consideraciones relativas al derecho de guardar esta conducta. Sólo diré que según mi modo de entender en la materia, lejos de habérsenos negado este de-

recho por algunas de las potencias beligerantes, ha sido reconocido virtualmente por todas.

La obligación de tener una conducta neutral, se deduce sin buscar otras razones, de la obligación que la justicia y la humanidad imponen a toda nación, que se halle en libertad de determinar y de mantener inviolables las relaciones de paz y amistad con otras naciones.

Los motivos de interés que tenemos para esta conducta, será mejor dejarlos a vuestra propia reflexión y experiencia. Una razón dominante para mí ha sido el ganar tiempo, a fin de que se consoliden en nuestro país sus instituciones todavía nuevas, y que progresen, sin interrupción, al grado de fuerza y consistencia necesarias para que disponga, hablando humanamente, de su propia suerte.

Aunque revisando los acontecimientos de mi administración no me acusa mi conciencia haber cometido error alguno con intención, sin embargo, conozco demasiado mi insuficiencia para creer que probable-

mente habré cometido muchos yerros. Sean los que fuesen, ruego fervorosamente al Todopoderoso que se sirva apartar o mitigar los males que puedan ocasionar. Llevaré también conmigo la esperanza de que mi patria los mirará siempre con indulgencia, y que después de 45 años de mi vida empleados en su servicio con un celo recto, entregará al olvido las faltas de mi talento, como en breve lo deberá ser mi persona a los lugares del descanso.

Confiado en su bondad en este particular, como en todos, y movido de aquel amor fervoroso tan natural en uno que ve en ella su país nativo, y el de sus antepasados por muchas generaciones, miro con una gustosa anticipación el retiro donde me prometo realizar, sin mezcla, el dulce placer de participar, en medio de mis conciudadanos, del influjo benigno de las buenas leyes bajo un gobierno libre, objeto siempre favorito de mi corazón y la feliz recompensa, como lo espero, de nuestros cuidados, trabajos y peligros comunes.

Jorge Washington

Estados Unidos, 17 de setiembre de 1796.

Cuentos galantes

La muñeca

—Envío del autor—

Un saloncito. Mejor dicho, un saloncito completamente femenino. Feminidad de veinte años. Todavía adornitos de porcelana, más bien juguetes o fetiches: Budas, elefantes, un chiquillo desnudo jugando sobre una canasta. Muebles de caoba, muchas curvas, damascos azules. En las ventanas, cortinas y persianas de caprichoso encaje. Cuadritos en los muros. Algunos son cuadritos de ilustraciones en las revistas de arte, otros se acercan a ser cuadritos verdaderos. Todo lo fantaseador que tienen estas pinturas escogidas con una sensibilidad femenina. Estatuillas de bronce o de mármol de nuevo estilo. Y cojines fantásticos en los colores y en las representaciones, caras de muchachas parisien-ses sorprendidas al salir de las tiendas de modas.

Una aristocrática muñequita sentada sobre un cojin de seda amarilla y verde. La cabellera imperial, las cejas muy finas, los ojos más bien lánguidos. Mucha sombra como para hacer resaltar la vaga luz de los ojos. Estos ojos no miran hacia ninguna parte. Se dirían que ven hacia dentro. Las muñecas modernas tienen un interior impenetrable como el de las mujeres modernas. Un precioso traje de fular a finos cuadros lilas. Unas manos blancas de delgados dedos que descansan como dos pajarillos blancos japoneses, sobre los cuadros lilas del traje como sobre la fiesta de matices de un jardín. Y unas zapatillas tintas. Contraste de rojo y blanco. No es

una muñeca vulgar. Podría tener un nombre. Hay en ella como un alma extraña. Alguien parece haberse desprendido de su propia alma y se la ha transmitido a este juguete de colores y de sedas. Más que encantada de la vida, ella, la muñeca, ha agotado todos sus misterios. Su estudiada indiferencia es casi cansancio. Qué bien se retrata en ella el cansancio en el vivir que llevan algunas mujeres prendido del alma como una vaga luz de otoño!

La vida pasa delante de ella como una melodía complicada y ella no abandona su severa actitud. Las damas jóvenes conversan cerca de ella de íntimos o escabrosos motivos y ella, que lo conoce y lo sabe todo, adorna la conversación con su silencio inalterable. A veces llora una de estas damas jóvenes y ni siquiera los pliegues de su ligero vestido, de su vaporoso traje, se descomponen. En las noches cae desde las arañas de luciente bronce una lluvia de luz que es como un velo, el cual deja ver la majestuosa desnudez de las cosas, y ella creará que aquella luz está dentro de ella como una de esas amables ilusiones de mujer, que de no realizarse, parecen eternas como son eternas las estrellas. Bajo la protección transparente de esta luz, danzan los vales de Strauss o las canciones primitivas de los atormentados puertos del mundo, y ella apenas si ahonda su mirada en su sentido del tiempo, buscando el vínculo perdido entre su pasado, lleno de cantos y caricias, y su presente, que es como un poema de serenidad. Ha conquistado, al fin,

esta muñequita de cristal o de cera, la suprema y amable serenidad de la vida, tras de la cual van otras mujeres como en persecución de un sueño.

Una joven dama que entra en el salón, que arregla los delicados adornos de las mesitas, que pone en un vaso de artística porcelana, una flor, que acaricia las estatuillas de mármol o de metal, que cuida los pliegues de los cortinajes. Una joven dama, de un grato color pálido, de un claro vestido, que se mueve como siguiendo el compás de una complicada melodía, que llena de música el saloncito femenino como para crearle un bello ambiente a la muñequita de las zapatillas rojas.

¿Será esta muñequita un símbolo de su vida de mujer? ¿Quedará detrás de ella un pasado adorable? ¿O estará extáticamente en espera de una promesa? Quisiera ella que a esta promesa le nacieran alas ligeras como estas alas invisibles y ligeras con que los valeses de Viena flotan en el ambiente de luz del salón.

Un cable anuncia que una persona que a esta dama interesa, acaba de embarcarse en Liverpool. Iluminación de toda el alma. Algo así como si el mar se hubiera convertido en una aurora y viniera a desplegar la gracia de su esplendor en el corazón de esta mujer joven. Lámparas sagradas y perennemente encendidas. Encendidas hoy y mañana y siempre y siempre, mientras un barco se deja llevar rítmicamente por el mar hacia un lejano puerto del Caribe. Anhelo de que el tiempo psicológico sea uno solo con su femenina esperanza. Cálculos pueriles, hoy el barco está en tal parte, dentro de tres días en otro lugar más cercano. Por fin, el barco amanece anclado frente al puerto de Limón. Un tren rápido viene de Limón a San José. Autos y carruajes a uno y otro lado de la amplia avenida. Jóvenes y caballeros; una abigarrada población cosmopolita. Vienen gentes de Alemania, de Inglaterra, de Francia. Vienen diplomáticos de la América del Sur. Vienen amigos y amigas jóvenes que traen el alma deslumbrada con la visión de las grandes ciudades vividas en los fogosos días de la juventud.

Y una noche, todo se realiza en la lenta marcha del tiempo, el volverse a encontrar en la vida. Él, muy europeo, muy de corte inglés, con varios años en París. Todo correcto en el vestir, todo elegante en sus gestos, todo vivo y despierto en su espíritu. Un hablar persuasivo, afectuoso, penetrante. Se llamará en adelante el doctor... Pero ella lo llama Antonio.

Puntos suspensivos que se suceden uno detrás de otro en una fila sin fin, como las hormiguitas que van por su largo camino, anda y anda. Puntos suspensivos inevitables. Luego, días de interrogación, días de

esperanza, días de inquietud. Días, largos días de lágrimas. La novela tiene un desenlace común. El joven que después de años de ausencia viene con la ilusión de recoger una promesa vivida en un epistolario sostenido con fidelidad.

Un saloncito. Sobre un cojín de seda amarilla y verde, una muñequita aristocrática que tiene un aire como de indiferencia. Que nada ve a su alrededor, que ve hacia el fondo de su alma con una profunda mirada de resignada contemplación.

R ó m u l o T o v a r

La Dictadura cubana

= De Crisol. Madrid. =

Es curioso observar cómo las Dictaduras, que pretenden hacerse pasar por representación del espíritu nacional respectivo, reaccionan contra cualquiera crítica objetiva a sus métodos de gobierno. Si no

pueden reprimirla con los precedimientos inciviles que les son característicos, les corroe la conciencia con desesperante tenacidad y les lleva a posturas lastimosas y grotescas. Por la prensa de México y por una carta de la Confederación Iberoamericana de Estudiantes llega a nosotros noticia del último incedente, provocado por el mensaje de los intelectuales españoles a los cubanos en su lucha contra la tiranía de Machado. El ministro de Cuba en México contesta al mensaje, publicado allí por los estudiantes mexicanos, con unos cuantos insultos del más desgraciado estilo contra España.

Para nada nos referiríamos al exabrupto de uno de los servidores de esa Dictadura con que se encubre la dominación yanqui sobre Cuba, si no valiera la pena de hacer notar la existencia en el mundo hispánico de dos espiritualidades contrapuestas, de dos modos de sentirse colocado en la Historia: el representado por ese ministro cubano que disculpa en México la actuación de los Estados Unidos en su país, y el representado, ante todo, por la nueva generación escolar de los pueblos hispánicos.

La comunida de idioma, signo de comunidad espiritual, no ha servido apenas, hasta ahora, sino para comodidad de viajeros y para tema de un hispanoamericanismo tan mítico como los nacionalismos basados en prejuicios de dominación secular, de yugo sacudido, etc.

Era—y es, cada vez más—grotesco el espectáculo de un semillero de nacionalismos, de pequeños patriotismos, sobre el fondo enorme de una cultura común, inapreciable instrumento dado por la Historia a quienes aun hace poco no sabíamos qué hacer con él. De una parte—de la parte allá—una petulancia disculpable en sus comienzos y aliada siempre con un lastimoso complejo de inferioridad, colocaba, en el lugar de la gestación de nuevos pueblos, una dominación extranjera terminada por la epopeya libertadora; de otra parte—de la parte acá—una incompreensión absoluta y una insolidaridad con el pasado tal como no se imaginan los países americanos, nos ponía junto a ellos en la misma situación de inferioridad respecto a la realidad imponente del Imperio.

Hoy comienza a sentir todo hispánico la amplitud de su destino y la anchura de su mundo. La vieja postura se siente cada vez más desplazada, más relegada a círculos

INDICE



Se han recibido en esta semana:

Nitobé: <i>El Alma del Japón</i>	2-50
Pedro Salinas: <i>Fábula y Signo</i>	3-75
H. Heine: <i>Páginas Escogidas</i> . Pasta	3-00
Jacob Wassermann: <i>Cristóbal Colón</i>	3-75
Don Juan Manuel: <i>El Conde Lucanor</i> . Pasta	2-50
Ad. Ferrière: <i>La educaceón en la familia</i>	2-50
Ellen Key: <i>Amor y matrimonio</i>	1-50
Bertrand Russell: <i>Ensayos sobre educación, especialmente en los años infantiles</i>	4-25
Aretino: <i>El coloquio de las damas. La cortesana</i>	3-50
Adolfo Ferrière: <i>Problemas de educación nueva</i>	3-50
Adolfo Ferrière: <i>La educación autónoma. Arte de formar ciudadanos para la nación y para la humanidad</i>	3-50
Adolfo Ferrière: <i>La escuela activa</i>	6-00
Adolfo Ferrière: <i>La libertad del niño en la escuela activa</i>	6-00
Adolfo Ferrière: <i>La práctica de la escuela activa. Experiencias y orientaciones</i>	4-75
Louis Bertrand: <i>Felipe II, en un asunto tenebroso</i>	3-50
William Boyd: <i>Hacia una nueva educación</i>	7-00
Miguel de Unamuno: <i>La Aognía del Cristianismo</i>	3-50
Bernad Shaw: <i>El dilema del Doctor. Llegando a casarse. El compromiso de Blanco Posnet</i>	4-00
Rómulo Gallegos: <i>Doña Bárbara</i> . Novela	3-50
Aloys Müller: <i>Introducción a la Filosofía</i>	7-00
Adolfo Ferrière: <i>Transformemos la escuela</i>	3-00
Em. Radl: <i>Historia de las teorías biológicas</i> . Tomo I hasta el siglo XIX	7-50
Em. Radl: <i>Historia de las teorías biológicas</i> . Tomo II desde Lamarck y Cuvier	10-00
M. Pokrovski: <i>La Revolución Rusa. Historia de sus causas económicas</i>	5-00
Rosa Luxemburgo: <i>Cartas de la prisión</i>	3-75
Gode Hard J. Ebers: <i>Derecho eclesiástico del Estado</i>	3-00
John Drinkwater: <i>Cromwell</i>	4-00
Alexis Tolstoi: <i>El secreto de de los Rayos Infra-rojos</i>	3-75
Azorin: <i>Teatro. Lo invisible. Cervantes o la Casa Encantada</i>	3-50
Otto Lipmann: <i>Psicología para maestros</i>	5-50

Solicítelas al Adr. del Rep. Am.

estrechos de la más putrefacta burguesía. Por fortuna, ha unido su destino al de una tendencia política que ya declina en el mundo, después de la desesperada reverdescencia de posguerra: el nacionalismo autocrático.

Esta tendencia se ha resuelto siempre, entre nosotros, por fuerza de las circunstancias, en un patriotismo ramplón y casero, lleno—eso sí—de las más ridículas y fantasmagóricas pretensiones. Fue la Dictadura de Primo en España; la de Ibáñez en Chile; es ahora, en Portugal, la de Carmona, de cuyas bufas campañas contra la República española tienen noticia nuestros lectores. Es la de Machado en Cuba; la de todos aquellos testafierros de un Poder extranjero, que, traicionando en sus respectivos países el interés vital de sus pueblos, fomentan la desconfianza de éstos hacia

los que comparten con ellos una comunidad de destino histórico.

Pero por debajo de estos tiranuelos ocasionales, las naciones hispánicas sienten con intensidad creciente que se aproxima el momento de una formidable pugna, en la que, todas unidas, prescindiendo de las ya estrechísimas fronteras, han de tomar una nueva postura para siglos en la civilización. Lo mejor de América, como lo mejor de España, interpreta hoy esta necesidad vital y recusa con asco las falacias de quienes, al servicio de una política ajena, no vacilan en oprimir a sus propios conciudadanos e insultar a los de pueblos fraternos, que, por sentir en la carne de su espíritu la afrenta de la tiranía que aquellos sufren, protestan y se dirigen hacia ellos con un saludo encendido y cordialísimo.

La isla del Ser y del no Ser

=Del precioso librito *O-Yarkandal*. Historias, cuentos y leyendas de un remoto Imperio. San Salvador, 1929.=

El narrador dijo:

"Hay sobre el mar una isla misteriosa que flota y huye de los barcos como un ser consciente que no quiere dejarse ver, y se cuenta que cuando el mar se pone fosforescente es una señal muy probable de que esa isla encantada está pasando en alta mar. Pero esto nadie lo ha visto ni lo verá y sin embargo se cuenta y los soñadores lo creen y están convencidos de que así es.

Nunca, es verdad, los narradores hablaban de ella como de haberla visto por sus ojos y sin embargo el viejo narrador Hifra, que era marinero y tenía la tez del color de la tormenta cuando flota sobre el horizonte, decía—y yo le oí a menudo,— que una vez, en lejanos mares, lejos de los continentes y las islas azules, él y otros marinos habían contemplado desde las cofas de su velero, la estela que a su paso dejaba aquella tierra fantástica, que no podía verse porque sus costas, sus escollos y sus montañas estaban formadas de lípidos espejos".

En aquel momento, una ola más larga, arrojó a los pies de Saga y sus oyentes—que escuchaban sentados en la arena y bajo las estrellas—, una guirnalda que parecía tramada con el polvo que en las noches serenas botan los astros que se desgastan y que iluminó el grupo con suave lampo de oro y se fue destrenzando, deshaciendo, mientras volvía atrás. Era que la mar fosforecía. Y Saga sonrió con la sonrisa de los encantadores cuando triunfan y prosiguió con mayor entusiasmo:

"Daviar, que reinó en Bunccah, hace ya muchos años, oyó hablar de tal prodigio y orgulloso como era, quiso añadir a su esplendor el de poseer el privilegio de pisar

con su planta el suelo de la tierra prohibida. Joven y valeroso, armó una nave y con cuarenta hombres de mar se dio a la vela la noche en que la luna hacía su día catorce, alejándose entre las aclamaciones y buenos augurios de su pueblo.

Después de dos lunas de navegación por remotos mares, la nave de Daviar en lo más alto de una noche oscura, fue destrozada por violento choque y sus tripulantes lanzados al agua y dejados de la mano de Dios en aquella negrura y a merced de las olas.

El joven rey, por su gracia o su desdicha, fue el único superviviente de aquella catástrofe. Había sido arrojado en la playa de la isla por él tan buscada, mientras sus hombres arrastrados al fondo por el lastre de sus férreas vestiduras, quedaban allí para siempre.

Y he aquí lo que ocurrió al joven rey Daviar:

Al llegar el primer tinte del día, Daviar abrió los ojos. Perplejo, contempló solo, en medio de la mar tranquila que se

teñía de rosa y oro a su redor. Al pronto creyó soñar, mas poniéndose en pie y removiendo sus recuerdos, comprendió que estaba solo en aquella isla que había soñado hacer suya y que por el contrario, se había apoderado de él.

No sabía para dónde volverse, ni cuál era el mar y cuál la costa, pero luego, al tornar, vio o creyó ver un grupo de hombres que tomó por los suyos, sus guerreros, naufragos como él, pero que no eran sino el reflejo de su propia persona en los escollos y en los requiebres de la isla de los espejos.

Y aquellos hombres le hablaron al rey y le dijeron:

—Tú eres nosotros y nosotros somos tú.

El rey no comprendió y dijo:

—¿Vosotros sois yo?... ¿Vosotros sois para mí lo que yo para nosotros?...

—Sí—contestaron aquellas sombras—, y nosotros somos yo y tú para nosotros eres lo que nosotros somos para nosotros y para ti.

Y el rey, confundido y perplejo, echó a correr perseguido por aquellas sombras que le seguían por todas partes y venían a su encuentro y marchaban a su lado como un ejército de locos.

Siempre huía y el mar parecía envolverle en sus olas innumerables, que los espejos, tangibles pero invisibles, multiplicaban hasta el infinito.

Daviar era arrojado y tenaz, y así pues, detúvose en un momento y aunque rendido, empuñó su espada y arremetió contra todo aquel ejército que le perseguía obstinadamente, sin dar tregua al torbellino de su cerebro.

Todos imitaron su gesto guerrero y arremetieron contra Daviar con la misma furia y arrojo. A así, todo cercado de aceros diestros, y acosado por una legión intangible, cayó rendido en el cielo y bajo el cielo y de él se cuenta que no volvió más".

'El mar fosforecía tornadizo y casi manso, como si se adormeciera. Saga había ca-

QUIEN HABLA DE LA **Cervecería TRAUBE**

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

FABRICA:

CERVEZAS

ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.

REFRESCOS

KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPE

GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

llado ante él y el mar suspiraba con lerdos espumarajos de oro y fuego. Uno de aquellos oyentes metió el brazo en el agua y le alzó escurriendo toda una pedrería fantástica, y Saga contemplándole indiferente, dijo:

Salarrué

El alma de las palabras

3

Fisco, de donde viene fiscal, hoy tan de moda en Costa Rica, es el mismo término latino *fiscum*, que tuvo la significación de cesta de mimbre, y luego la de cesta para el dinero. El fisco es, pues, cesta por llenar, pero nunca ha sido, ni puede ser, etimológica o económicamente, cesta que se riega.

Todos los días bebemos chocolate, y comemos tomates y chayotes; en algunas ocasiones usamos un guacal o una jícara; nunca se nos ocurre pensar de dónde nos vinieron estas cosas que no traen los barcos de la United Fruit Co.; ni menos aún

"Cuando el sol se pone, cuando el sol se eleva, aquella isla cruza visiblemente el horizonte de la mar y los hombres le llaman Crepúsculo y sonríen tristemente al verla surgir y alejarse..., y no comprenden..."

de dónde tomamos los nombres de estas cosas. Hemos heredado un caudal de cosas y de palabras y de facultades, y, los malagradados, olvidamos ya al causante. Por gratitud conviene que lo recordemos, y conviene también que aprovechemos su herencia.

Shuco, en las lenguas de América de procedencia azteca, es agrio; aún dicen *shoco* en El Salvador, y nosotros decimos *joco*; y *atl*, de igual procedencia, es agua.

Shuco-atl (chocolate) es sencillamente *agua-agria*. Benditos los indios que bebían chocolate sin dulce.

Crísóstomus

Un libro en prensa Nuevos poemas de Chocano

Noviembre 1 de 1931,
Delicias No. 357. Santiago de Chile.

Sr. Joaquín García Monge,
Director del *Repertorio Americano*.
San José de Costa Rica.

Señor Director y muy estimado amigo:

Mucho agradecería a Ud. hacer saber a su público lector por medio de la presente, que ha entrado en prensa un volumen de nuevos poemas míos, con título de *Primicias de Oro de Indias* (Poemas Neo-Mundiales). Irá precedido por un autógrafo de Gabriela Mistral y opiniones de George W. Umphrey y Max Daireaux. Ofrezco en *Primicias* un muestrario de poemas de nueve libros inéditos.

El volumen en prensa constará de 300 páginas en 4º, con 50 ilustraciones de página entera por los mejores dibujantes chilenos y carátula artística a tres colores (oro, rojo y negro). Edición de lujo.

El precio del volumen, para el que haga pedidos anticipados, será de un dólar (U.S. \$ 1.00) o su equivalente. Quien remita dicha suma en giro postal, etc., al editor Sr. César Vergnasco, Imprenta Siglo xx, Casilla de Correo 2550, o Sto. Domingo 684, Santiago de Chile—con referencia del Banco Italiano y Anglo Sud Americano—recibirá de él, bajo mi garantía, un ejemplar franco de porte con la dirección que indique. A las personas que adquieran

veinte o más ejemplares, se les descontará el cuarenta por ciento (40%) del valor total del pedido que hagan.

Como medio seguro de ensayar un nuevo procedimiento de circulación editorial en nuestra América, reitérole mi súplica para la publicación de la presente, anticipándole mis agradecimientos.

De Ud. compañero affmo. y S. S.,

José Santos Chocano

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana de Cultura

DIRECTOR:

B. Ortiz de Montellano

Aparece mensualmente

En el extranjero: un número . . \$ 0.25

Suscripción a 6 Nos. \$ 1.50

CRISOL

Revista de Crítica

Director

JUAN DE DIOS BOJÓRQUEZ

Suscripción anual \$ 2.00

Apartado 1979. México. D. F.

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes,
Ciencias y Educación.
Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J García Monge

Apartado Letra X

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega ₡ 0.50
El tomo (24 entregas) 12.00
El año, para el exterior: 2
tomos de 24 entregas cada
uno (oro am.) . . . \$ 6.00

Avisos:

La pulgada cuadrada: 20 cts. oro
la inserción.

En el contrato semestral de Avisos se da
un 5% de descuento. En el anual, un 10%.



LA SASTRERIA

LA COLOMBIANA

Fco. GOMEZ Z.

Avisa a su clientela que se trasladó
al local frente al Siglo Nuevo,
contiguo a la Iglesia del Carmen.

Gran surtido de los mejores casimires ingleses.

Teléfono 3238.